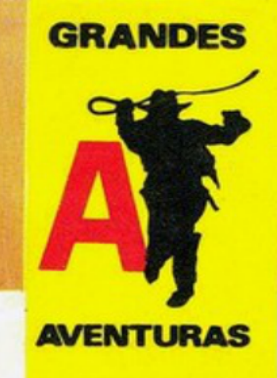

GRANDES
A
AVENTURAS


INDIANA JAMES
HONG-KONG ROCK

Primera aventura del famoso reportero Indiana James, que le lleva a la ex-colonia inglesa siguiendo el rastro de una antigua novia con unos asombrosos poderes y que es raptada por unos extraños tipos vestidos de blanco, que dicen ser agentes de la CIA…

Indiana James

Hong Kong Rock

Bolsilibros - Indiana James - 1

ePub r1.0

LDS 11.04.18

Título original: *Hong Kong Rock*

Indiana James, 1985

ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2

CAPÍTULO PRIMERO

Me llaman «Indiana» James.

La única ventaja de este apodo es que me permite clasificar a las personas en el mismo instante en que me son presentadas. Su simple mención es un detonante que pone en marcha todo un test psicológico, dividido en varias fases.

Primera fase:

—Indiana… ¿qué? —pregunta invariablemente mi interlocutor. Siempre ocurre lo mismo. Es inevitable, una simple cuestión de reflejos.

—James —repito, pacientemente—. «Indiana» James…

Y, a partir de este crucial momento, empieza propiamente el test.

Los hay que reaccionan sonriendo burlonamente y farfullando algo por el estilo de: «¡Ah, pues yo soy Stefen Spellberg! ¡Encantado de conocerte, chico!». Éstos son los ingeniosos y hoy día hay muchos. Demasiados.

Otros ponen cara de ofendidos, de «joven, usted no me toma el pelo así como así». Y me dan la espalda tan pronto como tienen la menor oportunidad. Ésos son los tontos y hoy día… ¡Bueno, ¿para qué repetirme?!

Finalmente, tenemos los que hacen alarde de una vulgaridad insultante, cuyo grado se mide por el número de estúpidas preguntas que llegan a formular.

Honey Campbell estableció el récord absoluto.

—¡Caramba! —se admiró, mientras estrechaba distraídamente mi mano—. Casi, casi, como el de las películas. ¿Se ha dado cuenta?

Sonreí educadamente y le dije que sí, que ya me había parecido notar algo, que tendría que ser un yamomano del Amazonas, o un lama del Tíbet para no haberlo descubierto y que, aún así…

Ella insistió sin desmayo: ¿Era mi verdadero nombre, o se trataba de un apodo? ¡Ah, ¿un apodo?! ¿Por haber participado en las 500 millas de Indianápolis? ¡Y gané, ¿claro?! ¿Nooooo…? Entonces, ¿por qué imitar al famoso héroe cinematográfico, si no era por realizar una de sus proezas…? ¡Ah! ¿Qué, ya me llamaban así antes…? ¡Caramba! ¿Y no había pensado en denunciar a medio Hollywood por apropiación indebida de apodo…?

En fin, si no perdí la cuenta, formuló un total de veintiocho preguntas, a las que habría que añadir un número similar de lugares comunes, bastantes frases hechas, algunas perogrulladas y unas cuantas ideas de bombero.

Y, sin embargo, nos hicimos amigos.

Claro que, en nuestra floreciente amistad, influyeron unas «insignificantes» y propicias circunstancias. Nos conocimos en Innishgal, una remota aldea irlandesa habitada por diecisiete personas, quince de las cuales sólo hablaban gaélico. Las otras dos, éramos Honey y yo.

También tuvo que ver, lo confieso, el que fuera bonita y simpática. Nada espectacular, nada del otro mundo, pero atractiva: rubia con el pelo rizado; tipo adecuado, quizá un poco bajita; ojos y boca que cuando no se reían se abrían desmesuradamente para demostrar asombro por cualquier banalidad… Te la podías imaginar, perfectamente, de camarera de un Orive In, o de animadora de un equipo universitario de baloncesto.

Me pareció muy ingenua, y muy sencilla, y muy buena persona. Todo un contraste con la gente a la que estoy acostumbrado a tratar. Quizá por eso, y a pesar de todas sus preguntas, me cayó realmente bien.

Me dijo que estaba en Irlanda buscando a sus antepasados. Había quedado fascinada con la serie de televisión Raíces, y eso le había dado la idea de remontarse hasta su Kunta Kinte particular, tras unos cuantos años de meditada preparación y unos segundos de fulgurante e irrepetible decisión.

—¡Seguro que estos pueblos están llenos de primos lejanos míos! ¿Se imagina que pueda encontrarlos…? ¡Caramba, sería la monda!

Me lo imaginé. Dos personas de culturas distintas, hablando lenguas diferentes por muy parientes que fuesen, e intentando contarse chismes de familia por señas. Demasiado surrealista.

—¿Y tú…? —prosiguió indesmayable—. ¿Qué haces por aquí?

Yo estaba esperando la llegada de cierto barco contrabandista procedente de la costa inglesa, pero, claro, no podía decírselo. Contarle la verdad era tanto como convertirse en blanco de un ametrallamiento despiadado de nuevas preguntas sobre mi «excitante» vida aventurera. Así que le dije que estaba escribiendo un libro.

El remedio resultó peor que la enfermedad. Aún no había acabado de hablar y ya me estaba interrogando sobre el argumento. Improvisé sobre la marcha y le conté algunas de las peripecias en que me vi envuelto cuando me sorprendió la entrada del khémer rojo en Phnom Penh.

Honey arrugó la nariz y movió negativamente laˆ cabeza:

—Demasiado exagerado, eso no hay quién se lo crea —sentenció—. Las novelas han de ser… no sé, más… ¡realistas, eso es! Algo así como Dallas, o Dinastía, o Falcon Crest, ¿entiendes…?

Preferí no intentarlo.

Dos días después conduje treinta millas para llevarla a cenar a una taberna de Killerney. Comimos «Irish Stew», le hicimos los debidos honores al café irlandés, nos reímos mucho hablando de temas absolutamente banales y, en el preciso momento en que llegábamos al «Bed and Breakfast» de Innishgal, se desencadenó la tormenta que se anunciaba desde hacía horas.

Honey me tomó la mano frente a la puerta de mi habitación, en una penumbra intermitentemente rota por el fulgor de los relámpagos.

—Las tormentas me dan miedo, Indy —confesó, antes de abrazarse a mí—. ¿Por qué… por qué no compartimos la habitación?

—Te advierto que no tengo poderes sobre el rayo —bromeé—. Si cae uno, te freirá igualmente esté yo contigo o no…

Ella bajó el tono de voz hasta convertirlo en un tímido susurro.

—Indy, me… me gustaría dormir contigo… ¿No sabes captar una insinuación…?

Ni siquiera se había atrevido a mirarme. Lo había dicho con el miedo de quien teme verse rechazado. En ese momento me pareció más ingenua y desamparada que nunca. No soy especialmente tímido en

materia de sexo, pero tampoco suelo alardear de macho cabrío irresistible, así que consiguió que me comportase como un colegial en su primera cita.

—Oye, Honey… Me caes muy bien, de verdad. Pero no me interesan mucho mis antepasados… ni mis posibles descendientes, ¿comprendes…?

No, no me comprendía.

—Quiero decir… —agregué—, que todo eso de formar pareja, y casarme, y tener una familia… En fin, que no es lo mío. Tal vez… tal vez no te interese por unas cuantas noches…

Me pareció que sonreía.

—Bueno… algo es mejor que nada, ¿no?

Creo que esto fue lo más agudo que dijo en los tres días que estuvimos juntos. Porque, al atardecer del día siguiente, tuvo que regresar precipitadamente a Nueva York. Al parecer, había recibido una llamada comunicándole que su madre había sufrido un grave accidente.

Le dije que lo entendía perfectamente, pero siempre me quedó la duda de si su marcha había sido el producto de los intensos remordimientos de una noche, en la que había roto con sus profundos prejuicios morales y cuyas consecuencias no se atrevía a afrontar.

Como sea que paso temporadas en Nueva York, intercambiamos direcciones, teléfonos, y la promesa de llamarnos. Di por sentado que no la vería nunca más, pero reconozco que la eché un poco de menos. Siempre que me presentaban a alguien y oía de nuevo el tópico: «¿Indiana, qué?», pensaba en ella, en aquella chica ingenua que estableció el récord absoluto de vulgaridad.

A menudo, cuando pensaba en Honey, la imaginaba casada con algún individuo tan vulgar y anónimo como ella: un oficinista, un vendedor de seguros, quizá…

Y me equivocaba.

Me equivocaba en todo: en lo de su ingenuidad, en su probable boda y, sobre todo, en su vulgaridad: ¡Honey Campbell era una de las personas más extraordinarias sobre la faz de la Tierra!

El tiempo se encargaría de demostrármelo.

Y de una forma explosivamente contundente.

CAPÍTULO II

Al principio, le eché la culpa a la tormenta.

La noche anterior, un diluvio universal había empezado a caer sobre Nueva York. Un viento salvaje recorría los estrechos cañones artificiales formados por los rascacielos, convirtiendo las gotas de lluvia en escupitajos de una metralla helada contra la que poco escudaban los paraguas. En las pantallas de televisión, los hombres del tiempo prometían más para los próximos días, frotándose las manos de emoción. Ya que ellos tenían que pasarse el fin de semana en los estudios, parecían destilar un satánico placer en que los demás también nos fastidiásemos.

Las bajas presiones y la estática que acompaña a toda buena tormenta que se precie de tal, suele producir jaquecas a algunas personas y, aquella vez, yo me encontraba entre ellas. A intervalos cada vez más cortos sentía horribles pinchazos en la cabeza, como si un maníaco despiadado se empeñase en machacarme la nuca con un hacha.

La noche anterior no había bebido más de la cuenta, no había soportado el enésimo Bergman por la televisión, ni había asistido a la revolucionaria versión de la ópera Carmen, a la que me había invitado algún innombrable sádico. Así que la migraña debía ser cosa de la tormenta.

Y también debía ser culpa de la tormenta, el que pensase de nuevo en Honey Campbell. Pura asociación de ideas: una tormenta parecida rugía en Innishgal la noche en que, tres años atrás, hicimos el amor.

Eso, al menos, es lo que pensaba. ¡Siempre he sido un ingenuo!

Sin nada mejor que esperar tembloroso los periódicos hachazos, me di cuenta de dos hechos bastante perturbadores. Primero, la imagen de Honey llegaba a mi mente inmediatamente después de cada hachazo. Y, segundo, que esa imagen venía acompañada de una sensación de angustia casi intolerable. ¿Remordimientos de conciencia por no cumplir la promesa de llamarla? Quizá, pero ella tampoco parecía haberlo intentado.

A eso de las once, desistí de intentar concentrarme en la lectura de

«Rebelión en la granja», de George Orwell. Necesitaba un cigarrillo y busqué por todo el apartamento. Encontré un paquete en la cocina. Vacío.

Maldiciendo en voz baja, contemplé a través de la ventana el deprimente espectáculo del Greenwich Village barrido por la lluvia.

Cayó otro hachazo. Parecía que el obstinado maníaco, en vez de agotarse, sacaba fuerzas de flaqueza. Instintivamente, me llevé las manos al rostro.

Y vi a Honey.

Y sentí un escalofrío.

A medida que cedía el dolor y se debilitaba su imagen, me di cuenta de lo absurdo de aquella sensación de angustia y peligro. Pero la sensación persistía.

En lugar de seguir haciendo oposiciones a pasto de psiquiatra, me decidí por la solución más fácil y evidente. Seguía teniendo el número de teléfono que me dio al despedirnos, así que lo marqué en el dial.

Contestó una voz masculina. ¡Empezábamos bien!

—Se equivoca. Aquí no vive ninguna Honey.

—Quizá ha cambiado de dirección. ¿Dejó algunas señas a las que…?

La voz adoptó un tono ligeramente desagradable, interrumpiéndome:

—Mire, hace veinte años que vivo en este apartamento y jamás ha estado aquí ninguna Honey Campbell, ¿entendido?

—Pero… ¡ella me dio este número! —protesté, desconcertado.

—Se lo inventaría. Lo hacen muchas chicas cuando tienen que sacudirse a un pelmazo —concluyó la anónima voz, con un tono de maligna satisfacción.

Ni siquiera tuve la pequeña satisfacción de colgar. Él lo hizo antes. Cabía la posibilidad de que Honey se hubiera equivocado al darme el número, pero… ¿y si el tipo tenía razón? ¿Y si no había querido que la localizase? Desde luego, no me había comportado como un pelmazo, así que no necesitaba engañarme.

Había querido librarme de una molesta sensación y sólo había

conseguido multiplicarla. No podía resolver aquel problema, pero podía solucionar otro: el de los cigarrillos. Los necesitaba más imperiosamente que nunca.

Había bajado tres tramos de escalera y me encontraba a un solo peldaño del rellano, cuando el maníaco cambió de arma. Su hacha debía haberse mellado contra mi cráneo y decidió utilizar un litro de nitroglicerina. Sentí como si me estallara la cabeza y perdí el mundo de vista. Me tambaleé, buscando apoyo en la barandilla para no alfombrar la entrada con los sesos.

—¡Honey! —aullé, incontroladamente—. ¡Maldita sea, Honey! ¿Qué me estás haciendo?

Y, en el instante en que abrí los ojos, la vi.

Era la misma Honey Campbell que había conocido en Innishgal, pero, al mismo tiempo, completamente distinta.

Y no era una alucinación.

Era una figura completamente empapada la que corría desesperadamente hacia la entrada del edificio de mi apartamento; una figura que arremetió contra la puerta, se precipitó sobre mí y me abrazó como si fuera un salvavidas en medio de la peor tempestad de la historia.

—¡Indy! ¡Por favor, Indy, ayúdame! —gritó entre sollozos—. ¡Tienes que ayudarme!

Un escalofrío de terror, completamente irracional, me electrificó la piel. Fuera, como en respuesta, brilló la descarga de un relámpago.

—¡Honey, ¿qué… qué diablos haces…?!

Su respuesta quedó ahogada por el fragor de un trueno. Giró el rostro y miró hacia la puerta con el rostro desencajado.

Yo hice lo propio y, entonces, empecé a comprender por qué estaba tan asustada.

Tres *jeeps* de tipo militar avanzaban hacia el edificio, lanzados a toda velocidad. En la parte posterior de cada uno, al descubierto bajo la cortina de agua, se vislumbraban varias siluetas blancas, espectrales, amenazantes. En sus manos, descansaban unos tangibles y nada fantasmales fusiles. Y lo que era peor… ¡los del primer vehículo

estaban de pie, apuntándonos!

Una fracción de segundo después, los cristales de la puerta estallaban bajo el impacto de tres proyectiles simultáneos.

No me pregunté por qué no nos habían partido en dos con una ráfaga, ni siquiera tuve tiempo de sentirme desconcertado por aquella sucesión de acontecimientos, que ganaba en surrealismo a medida que pasaba el tiempo. Agarré a Honey por una mano y la arrastré hacia la parte trasera del edificio, rebotando en las paredes.

Había una salida y yo lo sabía, pero también sabía que la puerta solía estar cerrada con llave. Bueno, ¿para qué estaba si no mi hombro…? Cargué como un poseso y la hice saltar en mil pedazos.

Una sinfonía de histéricos chirridos de neumáticos y agónicos gemidos de frenos resonó en la parte delantera del edificio, justo en el instante en que la tempestad nos azotaba.

Echamos a correr hacia la esquina más próxima.

—¿Quiénes son esos tipos? ¿Por qué te persiguen…? —grité con toda la fuerza de mis pulmones, intentando hacerme oír por encima del fragor de la lluvia.

—¡Lo siento, Indy! ¡No tenía que haberte metido en esto, no tenía…! ¡Dios mío, Indyyyyyy…!

Uno de los *jeeps* acababa de aparecer ante nosotros, maniobrando casi en ángulo recto por la esquina hacia la que nos dirigíamos. Dos de sus ruedas giraron locamente en el aire, antes de morder el húmedo asfalto.

Sentí de nuevo el toque de una mano helada recorriendo mi espina dorsal. El bólido se lanzaba salvajemente contra nosotros y pude ver más claramente a nuestros perseguidores. Las siluetas blancas correspondían a hombres uniformados con monos, rematados con cascos integrales provistos de visera. Cualquiera diría que nos encontrábamos en plena Guerra de las Galaxias. No me hubiera extrañado que surgiera un rayo láser de las bocas de sus fusiles.

Grité y, dando media vuelta, eché a correr en dirección opuesta, zigzagueando entre coches que se apartaban histéricamente, llegando a subirse en las aceras.

Sin dejar de correr, alargué la mano hacia atrás, intentando encontrar

la de Honey. En el mismo instante en que comprendí que no me seguía, unos aullidos desgarrados, casi inhumaos, resonaran en la calle. La poca gente que asistía hipnotizada al «espectáculo» y que hasta ese momento seguía al loco que parecía desafiar al tráfico —o sea, yo—, miraba alucinada detrás de mí. Una mujer de mediana edad se desmayó, confiando en caer entre los brazos de su marido, pero éste, incapaz de apartar sus ojos de la escena que estaba contemplando, ni se molestó en intentar recogerla.

Empecé a girarme, temiendo lo peor.

Honey estaba en medio de la calle, de espaldas a, mí y frente al *jeep*, erguida, desafiante. ¡Y el *jeep* giraba sobre sí mismo a toda velocidad, como una peonza, como un borroso torbellino!

Aquella imagen de pesadilla resultaba totalmente absurda, imposible. Había visto vehículos dar un par de vueltas derrapando, pero nunca de aquella manera, ni a aquella velocidad. Apenas se distinguían sus contornos. Sólo se oía el silbido del viento, el chirrido de los neumáticos sobre la calzada y el desesperado aullido de sus ocupantes.

Todo ocurrió en una fracción de segundo, pero parecía que alguien había apretado en mi cabeza el botón de cámara lenta: el *jeep* giraba alocadamente, sin control, y Honey se encontraba ante él, completamente inmóvil, como clavada en el suelo, con las piernas abiertas y los puños apretados.

¡Y, horrorizado, comprendí que era ella, Honey, quien provocaba toda aquella pesadilla!

Era ella quien hacía girar al *jeep* y quien, una décima de segundo después, lo paró en seco.

Los cuatro ocupantes del vehículo salieron despedidos en cuatro direcciones diferentes. El que cayó más cerca, debió recorrer unos veinte metros por el aire, antes de astillarse un buen montón de huesos contra el cemento.

Honey, de repente, pareció una marioneta a la que le hubiesen cortado los hilos. Su cuerpo se aflojó visiblemente y cayó de rodillas, desmadejada. Si hubiera sido la mitad de listo de lo que se supone que soy, habría aprovechado aquel leve momento de respiro para reemprender mí huida… pero hice todo lo contrario: me abalancé hacia ella.

—Estoy bien, estoy bien… —repitió desfallecida, intentando apartar

mis manos—. ¡Vete, Indy…! ¡Vete, ahora que aún estás a tiempo!

Los otros dos *jeeps* aparecieron en el extremo opuesto de la calle. Levanté a Honey sin contemplaciones y la dejé caer en el vehículo vacío. Sonaron varios disparos. Uno de los proyectiles se estrelló en el costado del *jeep* justo cuando saltaba a su interior.

La persecución continuaba, pero ahora no estábamos en inferioridad de condiciones. Por lo menos, materiales. Aunque me hubiera gustado saber de quién huía y por qué.

Había poco tráfico a causa de la tormenta, pero demasiado para quien circulase en dirección contraria como nosotros. La huida se transformó en un demencial «slalom», subrayado por gemidos de frenos, bocinazos, terroríficos insultos e imágenes fugaces de aterrados peatones que se apartaban para salvar el pellejo. Vi a un tipo que debía pesar sus buenos cien kilos, realizar un perfecto plongeon por encima de un Volkswagen para zambullirse en la piscina en que había quedado convertida la acera.

—¡Los tenemos encima! —gritó Honey, histérica—. ¡Maldita sea, no conseguimos despegarlos!

Miré por el retrovisor y comprobé que tenía razón. Los dos *jeeps* iban ganando terreno lentamente. Me hubiera gustado saber cómo se las arreglaban para ser tan suicidas como yo, y cómo había conseguido verlos Honey. No se había movido ni un milímetro.

Pero no me sorprendí. Ya no.

En la parte trasera del vehículo había quedado, milagrosamente, uno de los fusiles. Toqué en el hombro a Honey y señalé hacia atrás.

—O montas uno de tus «números», o utilizas el fusil… ¡Elige!

Tras fulminarme con la mirada, se apoderó del arma.

—¿Y cómo narices funciona esto? —gritó desconcertada.

Eché un vistazo rápido y me sorprendí al ver que tenía un adaptador para cápsulas de narcótico, como los que utilizan los zoólogos para capturar sus presas.

No tuve tiempo de explicarle nada. Nuestros perseguidores empezaron a disparar y un proyectil pasó entre Honey y yo, haciendo añicos el parabrisas. Durante un escalofriante segundo, circulamos a ciegas,

lanzados a cien kilómetros por hora.

Golpeé con el puño el parabrisas fragmentado, para hacer saltar los cristales antes de que Honey rematase la faena con la culata del rifle. La bofetada del viento fue inmediata y disipó el olor a éter del proyectil. La sangre se deslizaba por mi antebrazo.

Sonó una nueva andanada de disparos.

—¡Esos tipos están locos! ¡Rematadamente locos…! ¿Qué diablos les has hecho?

—¡Nada! —contestó Honey, desconcertantemente—. ¡No he hecho nada, ni quiero hacerlo…! ¡Por eso me persiguen! ¡Es cosa de Sandy…! —el retumbar de un trueno y el rugido del motor, se sobrepusieron al final de la frase.

—¡¿Sandy qué?!

—¡Grey, Sandy Grey!

El viento y el agua nos golpeaban ahora en el rostro. Aquello ya era demasiado. Intenté girar a la izquierda para enfilar una calle transversal por la que no nos encontrásemos con el tráfico de frente, pero el asfalto mojado me gastó una mala pasada. Perdí el control del vehículo y nos deslizamos sin remedio por el piso, rebotando de costado contra un coche aparcado.

Uno de los *jeeps* se nos acercó peligrosamente.

¡Dispara, Honey…! ¡Dispara o estamos perdidos!

¡Pero, no sé…!

¡Aprieta el gatillo y veamos lo que ocurre!

Honey se echó el fusil al hombro y disparó dos veces. Ambas cápsulas se perdieron por el aire, pero el conductor del vehículo pisó instintivamente el freno. El *jeep* derrapó, hizo un trompo y se quedó encarado en dirección contraria.

Su compañero no cayó en el mismo error. Le embistió de costado, consiguiendo apartarlo entre una maraña de hierro despedazado y siguió tras nosotros. Debían estar muy muy ansiosos de ponernos las manos encima.

—¡Oh, no! ¡Mierda, mierda y mierda! —Escupió Honey—. ¡Estamos

cercados!

Miré a ambos lados de la calle, pero no vi más que gente aterrada. Un segundo después, varios coches de policía emergieron de entre la tormenta, cruzándose frente a nosotros.

Di un suspiro de alivio.

—¿Cercados…? ¡Estamos salvados, Honey! ¡La poli nos librará de esos maníacos de atrás!

—¿Es que todavía no lo has comprendido, Indy? Esos de «atrás»… ¡son de la CIA!

—¿Quééééé…?

—¡Oh, Indy! ¡No entiendes nada! ¡¡Nada!!

¿Acaso era de extrañar?

Frené bruscamente.

—¡Vete, Indy! —dijo Honey—. ¡Salta y desaparece! ¡Si tienen que elegir, me preferirán a mí!

—¡Ni hablar! —respondí, tajante—. ¡Si te crees que me voy a perder la diversión ahora que esto está interesante, estás muy equivocada!

Los policías habían bajado de sus automóviles y se acercaban precavidamente hacia nosotros con sus revólveres desenfundados; los *jeeps* se abalanzaban contra el nuestro, sin mostrar la menor intención de frenar… ¡esta vez no había escapatoria! A menos que…

Me aferré al volante, aspiré la mayor cantidad posible de aire y me volví hacia Honey, intentando sonreír para infundirle ánimos.

—¡Sujétate fuerte! ¡Veremos qué resiste más: nuestro *jeep* o sus coches patrulla!

No pude probarlo. Ella saltó por encima de la puerta de nuestro vehículo, gritando:

—¡Estás loco! ¡Hazlo tú, si quieres!

Los policías apuntaron sus armas hacia Honey y parecían muy dispuestos a utilizarlas.

Me apoderé del fusil y disparé rabiosamente, derribando un par de agentes. Los demás se lo pensaron mejor y retrocedieron para parapetarse tras sus vehículos. Me giré hacia el primer *jeep* que tenía casi encima y esta vez apunté con cuidado. El conductor se agitó espasmódicamente al recibir el impacto, perdiendo el control del vehículo.

Sin dirección, el *jeep* se subió a la acera, rebotó en una manga de riego y se estrelló contra el escaparate de una joyería con estrépito apocalíptico.

Si de verdad eran de la CIA, ya sabía en qué iban a gastarse los fondos del año próximo.

Honey seguía corriendo y estaba a punto de alcanzar una boca de metro. Salté del *jeep* y me abalancé tras ella. La 5ta Avenida parecía la calle mayor de un poblado del Oeste en sus mejores tiempos. Por todas partes resonaban disparos y no todos eran de proyectiles-narcótico.

Sentí una quemadura en el costado, resbalé, perdí el rifle, me levanté y seguí corriendo.

Todavía me pregunto cómo logré llegar hasta la entrada del metro sin ningún agujero ventilando mis entrañas.

Me sobraban peldaños en las escaleras, así que los bajé de seis en seis, apartando a empujones a todos los que se interponían en mi camino.

Era inútil. Había perdido a Honey.

Elegí uno de los pasillos al azar y seguí corriendo. Quizá no la encontrase, pero podría presentarme a las próximas olimpiadas, seguro de batir varias docenas de plusmarcas.

Después de todo, quizá fuera mejor. Separados, teníamos más posibilidades de que, al menos uno de los dos, pudiera escapar. Pero, cuando llegué a un andén, comprendí que no sería Honey la afortunada.

Se hallaba en el andén de enfrente, separada de mí por las vías… ¡y con todos los caminos de escape cortados! De cada una de las dos salidas, surgían policías y tipos uniformados de blanco. Con ese sexto sentido de la gente normal para evitar problemas innecesarios, los que estaban más cerca de Honey habían comprendido que era a ella a quien buscaban y se apartaban para no verse involucrados.

Un hombre de unos treinta y cinco años, vestido de paisano, con el pelo color arena y la cara acribillada de pecas, dirigía la operación aullando por un megáfono.

—¡Apártense de la chica! ¡Padece una enfermedad muy grave y extremadamente contagiosa…! ¡Apártense de ella, por favor!

Honey parecía desesperada. Miraba a un lado y a otro, calibrando sus esperanzas prácticamente nulas; abría y cerraba convulsivamente las manos, respirando agitada, nerviosa, tensa…

Uno de los tipos con traje especial levantó su rifle y apuntó a Honey. No tuvo tiempo para más. Ella clavó sus ojos rabiosos en él y el rifle pareció explotarle en las manos, lanzando metralla en todas direcciones. Un policía, atónito ante lo que estaba sucediendo delante de sus ojos, pareció recibir el impacto de un invisible y gigantesco puño, y fue lanzado hacia atrás, derribando a varios de sus compañeros.

Pero nuestros perseguidores eran demasiados y atacaban desde demasiados puntos a la vez. Honey recibió una, dos cápsulas adormecedoras que la derribaron.

Aun sabiendo que todo estaba perdido, quise saltar a las vías, alcanzarla, hacer algo por ayudarla. Un segundo antes de lanzarme del andén levanté la cabeza hacia Honey.

Ella me estaba mirando.

Y, a pesar de que había puesto todos mis músculos en tensión, a pesar de que mi cerebro ya les había dado la orden de saltar… ¡no pude moverme ni un milímetro! Me sentí petrificado, como si mil cadenas tirasen de mí en dirección opuesta, como si una mano gigante me sujetara.

Y volví a sentir un hachazo parecido a los que me habían mortificado durante horas, a los que habían precedido a nuestro extraño encuentro. Un dolor insoportable amenazó con hacer estallar mi cabeza y sabía, después de todo lo que había visto, que aquella expresión no era meramente retórica.

Hice un intento desesperado por romper las cadenas, por alejar el dolor, por moverme.

Y fracasé.

Cerré los ojos y, una fracción de segundo antes de que resonase el estampido de un nuevo disparo, vi nítidamente la imagen de una ciudad. Una ciudad de imponentes edificios, encarados a un mar por el que navegaban juncos y sampanes.

Una ciudad que yo conocía muy bien.

Hong-Kong.

CAPÍTULO III

Cuando abrí los ojos, un metro entraba en la estación y apenas tuve tiempo de entrever a Honey rodeada por sus captores. El hombre del pelo, color arena estaba mostrando una credencial a los policías y uno de ellos, un sargento, se cuadró marcialmente. Ése debía ser el famoso Sandy Grey del que había hablado Honey.

A mí alrededor, se había formado un grupo de curiosos.

—¿Han visto…? —exclamaba un negro con pinta de jamaicano—. ¡Han disparado a la chica! ¡Le han disparado!

—Han dicho que tenía una enfermedad infecciosa… —explicaba el otro, como si eso fuera suficiente motivo como para desencadenar una caza de aquel calibre.

—¿Creen que habremos podido contagiarnos a esta distancia…? —apuntó una señora de mediana edad.

Un veterano de Vietnam, que aún conservaba su raído uniforme, rió a carcajadas:

—Las únicas enfermedades contagiosas que conozco, necesitan un contacto… ¡digamos, mucho más íntimo!

—¡Señor! —espetó la mujer entre sofocos.

—Supongo que la llevarán a un hospital… —explicó un oficinista, pálido como un pescado.

La mujer se giró hacia mí.

—¿Y usted…? ¡Parecían señalarle a usted!

—Es cierto —admití—. Yo también padezco una enfermedad muy contagiosa…

El grupo dio un paso atrás, alarmado. La gente que se apeaba de los vagones nos observaba curiosa.

—¡Tengo un forúnculo en el trasero! —aclaré en voz baja. Y me metí

en el convoy, un segundo antes de que se cerrasen las puertas automáticas.

Me dirigí hacia los asientos libres y caí como un fardo en uno de los reservados a vejetes, embarazadas y mutilados de guerra. Nada me pareció más apropiado en aquel momento.

A medida que el metro entraba en el túnel, que la idea de haber escapado se asentaba en mi mente, empecé a reflexionar sobre los acontecimientos: la vulgar y modosita Honey Campbell parecía haberse destapado como una persona capaz de provocar jaquecas, conseguir que un *jeep* se convirtiese en una peonza enloquecida, lograr que un rifle estallase, adivinar la aparición de un ejército policíaco, derribar a distancia a un montón de agentes y proyectar la fotografía de una ciudad en mi mente.

Y sólo conocía dos palabras que englobasen sus actos.

Telepatía y telekinesia.

Si unas horas antes, alguien hubiera preguntado mi opinión sobre estos fenómenos paranormales, le habría contestado que el primero era discutible y, el segundo, una perfecta imposibilidad física.

Claro que, eso hubiera sido unas horas antes. Ahora, ya no estaba tan seguro. O todo había sido un perfecto montaje hollywoodense, o…

Bajé del metro un par de estaciones después y me sumergí de nuevo en la tormenta. Seguía algo aturdido, pero era perfectamente consciente de que no podía volver a mi apartamento. Existían un 99 por ciento de probabilidades de que Sandy Grey y sus «alegres muchachos» me estuvieran esperando ansiosamente.

¡Sandy Grey!

Me detuve en la calle como si hubiera chocado con una pared invisible. ¡Yo había visto antes aquella cara!

¡Y fue en Innishgal!

Entonces, llevaba el pelo hasta los hombros, una tupida barba, camisa de franela a cuadros, vaqueros y una mochila a la espalda. Llegó al día siguiente de la precipitada partida de Honey y dijo llamarse Charles… nosequé. Sólo estuvo tres horas en el pueblo, el tiempo suficiente para sonsacarme sobre Honey.

No, no me había sonsacado. Había sido yo mismo —¡estúpido de mí! — el que comentó la casualidad de que, en sólo tres días, hubieran pasado dos norteamericanos por aquel pueblo perdido en el culo del mundo.

Bueno, lo hecho, hecho estaba. Ahora, debía encarar el futuro. Uri futuro muy lúgubre, por cierto.

Me metí en una cabina de teléfonos, marqué el número del «New York Times» y pedí que me pusieran con Zenna Davis, una periodista especializada en temas de relaciones internacionales que había conocido durante una revuelta especialmente sangrienta en Sudáfrica.

—¡Indy, chéri! ¡Ya era hora! —Me lanzó a modo de saludo.

—¿Ah, sí? —balbuceé tímidamente, mientras intentaba recordar por qué era hora y de qué.

—¿Por fin has decidido pagarme la cena que me debes hace seis años?

—¿La cena…?

—¿Te parece bien a las seis en el «Den»?

—Bueno, yo…

—Tengo trabajo, pero ya se lo endosaré a otro… ¡Privilegios de las mujeres!

—Es que…

—¿A las siete, entonces?

—Verás…

—¡Sin excusas, Indy!

—No, si yo…

—¡Es estupendo que te encuentres en Nueva York!

Aquella mujer era como un torbellino. Me volví medio loco intentando buscar una solución al apuro.

—Esto… Lo siento, Zenna, pero lo que pasa es que no estoy en Nueva York…

—¿Ah, no? —preguntó con acento de sospecha.

Empecé a agitar el auricular, alejándolo y acercándolo a mi boca; mientras le daba unos golpecitos.

—No, querida. Te llamo desde Calcuta… ¡Calcuta! ¡La India! ¿Me oyes…?

—Como si estuvieras a mi lado, chéri. ¿En qué sentido quieres abusar esta vez de mí?

—Sandy Grey. ¿Te suena el nombre?

—¡Me chirría, chéri! Siempre que estemos hablando del mismo Sandy Grey…

—Un tipo con el pelo color arena, la cara acribillada de pecas y… —dejé la frase en suspenso. En realidad, no podía decir mucho más de él.

—Inconfundible. Aunque se pasa la mitad del tiempo intentando desmentirlo, las malas lenguas aseguran que es de la CIA. Del departamento de Proyectos Especiales.

—¿Qué entiendes tú por «Proyectos Especiales»?

—No tengo ni idea, chéri. Ni yo, ni nadie. Es un hombre estupendo para cuando no se tiene nada en qué hincar el diente. Lo único que han captado mis sensibles antenas es que debe andar por Extremo Oriente, metido en una misteriosa operación relacionada con los chinos, o los vietnamitas, o los camboyanos… No sé, siempre los confundo…

—No te preocupes. A ellos les pasa igual con nosotros. Nunca saben distinguir a un europeo de un americano.

—¡Qué barbaridad! ¿Cómo se puede ser tan inculto…? ¡Confundirnos con los europeos! ¡Lo último que me faltaba por oír!

—Ya ves, cosas de la vida…

—Deben estar intentando viciar a los chinos con la música pop, porque se rumorea que esa operación se llama «Hong-Kong Rock…». ¿Te imaginas a mil millones de chinos peleándose por los discos de Michael Jackson…? ¡Ja, ja, ja!

—Zenna, por favor… ¡esto es importante!

—¡Por supuesto! ¡Imagínate a los de la compañía discográfica doblando abusivamente los precios!

—¡Zenna!

—Está bien, está bien… Pero es todo lo que sé. A propósito, no sabes cuánto te envidio. Porque aquí, en Nueva York, hace un tiempo de perros. Figúrate que…

Mientras Zenna empezaba a contarme lo que estaba sufriendo en mis propias carnes, recapitulé mentalmente. No tenía muchas pistas que seguir, pero las pocas que tenía apuntaban en una misma dirección: Hong-Kong.

Mi silencio debió parecerle extraño, porque cortó en seco su perorata:

—¡Indy! ¿Sigues ahí…? ¿Me escuchas?

—Sí, claro… pero lo siento, Zenna, tengo que colgar. Se aproxima una vaca sagrada con ánimo de embestir la cabina. Ya te llamaré… ¡adiós!

Sandy Grey había estado persiguiendo durante años a una chica que parecía tener poderes paranormales, una chica que había proyectado en mi mente la imagen de una ciudad, cuyo nombre era el de una operación en la que estaba implicado el agente de la CIA: O mucho me equivocaba, o iban a llevar a Honey a Hong-Kong.

Si conseguía llegar antes que ellos y disponía del tiempo necesario para averiguar unas cuantas cosas, quizá tuviera una oportunidad de rescatarla.

Todos los aeropuertos de Nueva York estaban cerrados a causa de la tormenta y, si los meteorólogos no se equivocaban, ningún avión podría despegar en las próximas cuarenta horas. Eso me daba una ventaja… ¡siempre y cuando yo pudiera salir de la ciudad!

¡El viejo «Indiana» tenía que moverse! ¡Y rápido!

Una hora y media después estaba en el aeropuerto deportivo de Skyline, situado a las afueras de la ciudad. Si tenía suerte, mi amigo Ricky Berger andaría por allí.

Finalmente, lo encontré en los hangares, arreglando un motor.

—¿Que te lleve a Montreal? ¿Qué despegue con este tiempo? —aulló, en cuanto le expuse mis pretensiones.

—¡Vamos, Ricky! ¡Te he visto hacer cosas más difíciles! —respondí con una sonrisa deslumbrante, intentando animarle.

—Te debo un favor, Indy. Una vez me salvaste la vida y los frranceses siemprre devolvemos los favorres. Si quierres que me rrasque la espalda con una sierra mecánica, pídemelo… ¡lo harré encantado! ¡Peno no me pidas que vuele con esta torrmenla! ¡Ni un loco se atreverría!

Decidí jugar una sucia, pero definitiva carta:

—Es muy importante, Ricky. Una… una mujer me espera en Montreal. ¡Es hoy o nunca! ¡Mañana será tarde! ¡Ella no esperará!

Ricky se levantó como impulsado por un resorte, como si por los altavoces del hangar hubieran empezado a sonar los acordes de la Marsellesa.

—¡Eso es diferente! ¡No me habías dicho que erra un asunto de vida o muerte!

Minutos después, viajaba en una avioneta brutalmente zarandeada por la tormenta y pilotada por un Ricky que cantaba Les Amours Fous a grito pelado, eclipsando el rugido del temporal.

CAPÍTULO IV

Wanna Do era un chino de 17 años, despierto como un águila. Le conocí cuando apenas tenía trece y se ganaba la vida como vendedor de periódicos, taxista sin licencia, guía turístico, repartidor de telegramas y criado personal de un inspector de policía. Todo simultáneamente. Yo sospechaba que podía recorrer Hong-Kong de un extremo al otro con los ojos vendados.

Era, precisamente, el hombre que necesitaba.

Llegué a Hong-Kong a mediodía del día siguiente y fui directamente a su casa: el sótano del «Follies», un *cabaret* de mala muerte en el que unas pobres strip-teasenses, jóvenes pero ya hastiadas, se desnudaban al ritmo de música supuestamente francesa y excitante.

Mi suerte se había acabado. No estaba allí. Si no le encontraba pronto, toda la ventaja conseguida sobre Sandy Grey, a costa de arriesgar mi vida y la de Ricky Berger, se esfumaría.

Decidí preguntar al portero del «Follies».

—¿Sabe dónde ha ido Wanna Do? —dije, exhibiendo mi más cálida y amistosa sonrisa.

—No —respondió aquel tipo, mirándome con desconfianza.

—¿Y tampoco sabe cuándo volverá?

—No.

Un hueso duro de roer. Tenía que ganarme su confianza como fuera.

—¿Se ha fijado si silbaba cuando salió?

—¡Oh, sí! —concedió el portero—. Creo que silbaba.

—Siempre silba cuando va a una timba, pero nunca cuando vuelve…

Ahora fue el portero quien sonrió. Un minuto después, tenía en mi poder cuatro direcciones que investigar. Todas de garitos.

Porque Wanna Do sólo tenía un vicio: el juego. En todas sus formas, variantes y vertientes.

Y siempre perdía.

Trampas, maleficios divinos, mala suerte, rachas negativas, todo servía como excusa. Pero Wanna Do era de los que nunca aprenden.

Le encontré en la tercera de las direcciones que me dio el conserje, un tugurio portuario que ni siquiera tenía nombre. Y enfrascado en una partida de póker.

Junto a Wanna Do, se encontraban tres tipos: un blanco y dos orientales. Uno de éstos hacía rechinar su silla con los estremecimientos de placer de sus 120 kilos. Era el que ganaba, seguro. Iba vestido a la moda occidental, con traje negro, chaleco y camisa. No comprendí cómo sus grasas no se fundían instantáneamente bajo aquella indumentaria tan inapropiada para la temperatura que marcaba el termómetro.

Wanna Do saltó de su silla al verme.

—¡Indy! ¡Por mil cabezas de dragón, yo muy feliz de verte a ti! —Me estrechó la mano, sacudiéndola durante 10 minutos, mientras me presentaba a sus compañeros de partida en una incomprensible jerigonza. Luego, volvió a dirigirse a mí—. ¡Yo pienso que tú llegas a mí en momento exacto! ¿Tú puedes prestarme a mí algunos dólares? Mi suerte me cambia a mí enseguida. Yo recupero, yo gano mucho más y luego repartimos nosotros, ¿okay?

—No, creo que no… —apunté precavidamente. Si accedía, podía pasarse el día entero jugando y le necesitaba.

—Yo muy mala suerte hoy —insistió Wanna Do, tozudamente. Señaló al amasijo de grasa—. El saca cuatro *fulls*, dos escaleras y un póker de reyes seguidos. El mucha suerte, mucho rato. Ahora, toca a mí…

Le saqué a empujones del garito.

—Muchacho, me parece que tu amigo es un tramposo. Nadie puede tener esa racha jugando limpio.

—Yo sé —admitió, moviendo tristemente la cabeza—. El trampas, yo trampas, todos trampas. Pero él mejor tramposo que yo y siempre gana mejor tramposo, ¿entiendes?

No pude contener una carcajada. Definitivamente, Wanna Do no escarmentaría nunca.

Por lo menos, tampoco se amargaba. Recuperó el ánimo y se unió a mis carcajadas dándome golpecitos en la espalda.

—¿Dónde podemos hablar tranquilamente? —pregunté, en cuanto nos hubimos calmado un poco.

Como ni él ni yo habíamos almorzado, me llevó al restaurante de un primo suyo. Frente a unos deliciosos rollitos de primavera, rellenos con el hígado de algún bicho innombrable, le expuse la cuestión:

—Imagina que eres un agente de la CIA, que llevas una persona secuestrada en tu avión y que quieres aterrizar discretamente en Hong-Kong, ¿qué aeropuerto elegirías?

Se lo pensó un momento mientras vaciaba una cerveza «Tsingtao», bebiendo directamente de la gran botella verde.

—Imposible —sentenció—. Ningún aeropuerto bueno. Americanos malas relaciones con ingleses… No, no aeropuerto.

Perfecto. La respuesta más apropiada para hundirme la moral.

—¿Por qué aeropuerto… —prosiguió Wanna Do con una imperturbable sonrisa oriental—… teniendo portaaviones amigo?

—¿Hay alguno fondeado en la costa? —pregunté, esperanzado.

—No en Puerto Victoria, pero seguro hay portaaviones cerca. Siempre hay. Amigos americanos siempre vigilan amigos chinos.

—Está bien, entonces empieza a moverte. De paso, averigua todo lo que puedas acerca de un tal Sandy Grey. Es de la CIA y, últimamente, parece que ha visitado varias veces la ciudad.

—Yo te diré lo que hacemos tú y yo. Yo doy llaves de mi casa, tú descansas y yo vuelvo en noche con noticias, ¿okay?

Negué con la cabeza.

—No puedo perder tanto tiempo. Tienes que conseguir la información en un par de horas.

—Imposible. Yo muy poco tiempo.

Se imponían los recursos psicológicos.

—Sí, ya me lo imaginaba —admití pesaroso—. Hubiera apostado 10 dólares a que no podías…

—¡¿Diez dólares?! ¡Yo acepto apuesta! —Buscó en sus bolsillos, sacó un bolígrafo, apuntó la hora en una servilleta del restaurante (las 14,15) y me dio la llave de su cubil—. En mi casa dentro dos horas.

Un segundo después, había desaparecido. Esperé que, por primera vez en su vida, pudiese ganar una apuesta.

Tras terminar de cenar tranquilamente, me fui paseando hasta el sótano del «Follies». Mi sorpresa fue enorme al encontrar en la leonera de Wanna Do, una edición «Penguin» de bolsillo del libro que intentaba leer cuando Honey Campbell empezó a obsequiarme con sus delicados hachazos telepáticos. Supongo que, para alguien como el oriental, serían exóticas aventuras occidentales.

No habían pasado ni tres cuartos de hora cuando apareció el portero del «Follies». Wanna Do había llamado por teléfono al *cabaret*, dándole un mensaje para mí.

—Su amigo americano ha estado varias veces alojado en el Séptimo Cielo…

—¿Có… cómo? —Parpadeé desconcertado.

—El Séptimo Cielo, un burdel de lujo en Repulse Bay —me aclaró sonriente—. Pertenece al Gran Maestro «Big Wave». Un hombre muy peligroso…

—¿En qué sentido es peligroso? —pregunté.

—¿Quién? —contraatacó el portero.

—«Big Wave», claro. Acaba de decir que…

—Creo que se ha equivocado. Yo no he podido decirle eso.

Entendido. No lograría sacarle nada más.

¿Acaso estaría proporcionando Sandy Grey chicas a su «amigo»? No, eso era una tontería. Nadie arma un circo como el de Nueva York por un asunto tan simple.

Era más probable que el tal «Big Wave» fuera también de la CIA, el

contacto de Sandy Grey en Hong-Kong. Y si Honey había sido traída aquí, ese Gran Maestro debía conocer su paradero.

Se imponía una visita al Séptimo Cielo.

No tuve que buscar mucho para encontrar el arsenal de Wanna Do. Pistolas, cuchillos, nunchakus, shurikens… ¡cualquiera diría que me alojaba en el almacén de un poderoso traficante de armas! Escogí el revólver más pequeño que encontré, comprobé que funcionaba, puse el seguro y lo escondí en la caña de mi bota izquierda.

Intenté adecentar un poco mi aspecto y me dirigí a una parada de taxis.

Los que no han estado nunca en Hong-Kong, creen que no es más que una minúscula isla en la que los edificios se apiñan y ganan metros al cielo por un simple problema de espacio vital. Sí y no, como iodo. En realidad, la colonia británica está formada por 236 islas y un amplio territorio continental, limítrofe con China.

Tomamos la carretera de la costa pasando junto al atestado puerto de Aberdeen, donde cientos de familias orientales viven a bordo de juncos y sampanes. Una hora después, llegábamos a Repulse Bay.

El Séptimo Cielo se levantaba en lo alto de una verde colina, encarado a la bahía. Era una construcción fantástica, mezcla alucinante de arquitectura china y palacio árabe de las Mil y Una Noches. Si lo mirabas fijamente unos cuantos segundos, acababas por tener los ojos inundados de lágrimas. La carretera describía un amplio círculo a su alrededor, entre jardines impecables en los que trabajaba un ejército de jardineros.

Una mujer oriental de edad madura y sonrisa encantadora, me recibió en la puerta y me invitó a seguirla, cruzando un amplio vestíbulo cubierto con un palmo de alfombra persa. Mirases donde mirases, no tenías otro remedio que sentirte impresionado, incluso apabullado: el techo estaba cubierto de paneles dorados y tan alto que parecía concebido para seres voladores; la luz exterior se reflejaba en exóticas lámparas de cristal de roca tallado con un gusto exquisito; las paredes rebosaban de tapices y cuadros.

Mil vueltas después, mientras me maldecía interiormente por hacer de turista bobo y no prestar atención al camino seguido, la mujer abrió una puerta interior y me franqueó el paso a una amplia sala.

—Póngase cómodo, por favor —invitó en un tono tan tenue, que sólo

pude entenderla gracias a su perfecta dicción.

—Sería difícil no hacerlo en un lugar como éste —bromeé.

El techo, suelo y paredes de la sala estaban enmoquetados en rojo, con adornos de oro y marfil. Una docena de chicas de todas las razas y colores, capaces de electrificar la piel del más agónico de los moribundos, parecían languidecer aquí y allá con un aire de desidia y abandono perfectamente calculado.

El progreso es el progreso. No había matones a la vista, pero las cámaras de televisión en circuito cerrado eran ostensibles.

—Puede elegir a la chica o chicas que más le plazcan… —dijo la mujer sin perder la sonrisa.

La detuve con un gesto cuando se disponía a salir:

—Esto… Lo siento, pero no he venido por ninguna chica.

—¡Oh! —La sonrisa de la matrona no se alteró ni un milímetro—. Si quiere acompañarme a la sala de nuestros chicos…

—No, no, tampoco es eso… Me ha entendido mal. Quiero hablar con «Big Wave».

Sólo conseguí que su amabilidad desapareciera.

—El señor «Big Wave» no está —respondió secamente.

—¡Oh, sí! Él está y yo estoy, y quiero verle. Sólo le robaré unos minutos…

—Le he dicho que el señor «Big Wave» no está —repitió en un tono sutilmente desagradable—. Si quiere acompañarme, le mostraré la salida…

—Eso será después que le haya entregado un mensaje de nuestro común amigo Sandy Grey.

Aquello se estaba convirtiendo en una lección magistral del «Actor's Studio». Su rostro volvió a recomponer mágicamente la suave y amable sonrisa a prueba de bomba.

—Disculpe, creo que ha habido un malentendido.

—Estoy seguro —concedí magnánimamente.

Unos minutos después, entraba en el despacho del Gran Maestro, situado en la tercera planta.

La puerta se cerró silenciosamente tras de mí y me encontré en una amplia sala, empequeñecida por el volumen del oriental que la ocupaba. El tal «Big Wave» tenía rasgos mongoles, feroces, y unos ojos que parecían placas de acero gris, cuyas pupilas eran simples manchas impresas en un tono levemente más oscuro. Resultaba tan impresionante como su local.

—Siéntese —dijo, a modo de saludo.

Ocupé una silla al otro lado de la mesa tras la que se encontraba. Como no sabía qué decir, dejé que él tomase la iniciativa.

—Así que es amigo de Sandy Grey —más que una afirmación, parecía una acusación.

—Bueno… digamos, colaborador —apunté.

—¿En qué? —preguntó, irguiéndose ligeramente en su butaca sin parpadear un solo instante.

No tenía sentido seguir tanteando a ciegas. Cuanto antes le mostrase el cañón de mi revólver, mejor.

—Bueno… —contesté, inclinándome sobre la mesa y derribando a propósito un pisapapeles—. ¡Oh, perdón!

Me agaché como si fuera a recogerlo, saqué mi revólver y le apunté entre las cejas, satisfecho.

En su rostro no apareció la más mínima expresión de sobresalto.

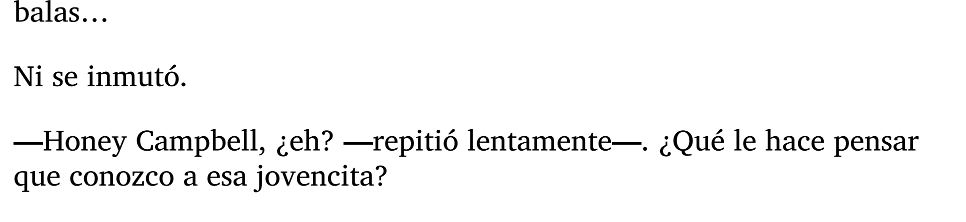
—Haga el menor movimiento y será el último de su vida —amenacé —. Si llama a sus guardianes, se darán el gustazo de ver como expira, ¿entendido?

Siguió imperturbable.

No me gustaba nada aquella calma. Algo debía ir mal, aunque no tuviese ni remota idea de lo que podía ser.

—¿Qué quiere? —Escupió.

—Una nimiedad. Me admite que conoce a Honey Campbell, convence a Sandy Grey que me la devuelva, sigue viviendo y yo me ahorro seis



balas…

Ni se inmutó.

—Honey Campbell, ¿eh? —repitió lentamente—. ¿Qué le hace pensar que conozco a esa jovencita?

—Por ejemplo, el que sepa que se trata de una jovencita y no de mi anciana abuela… ¡eh, vamos! Sé que Sandy Grey la raptó en Nueva York para traerla a Hong-Kong. ¡Yo estaba allí cuando lo hizo! Y usted es el contacto de Grey, aquí.

—Estoy demasiado ocupado para perder el tiempo con enamorados despechados —dijo con aire de burla—. ¡Lárguese! ¡Si dispara, no saldrá vivo del Séptimo Cielo!

—Tengo seis balas. ¿Cuántos matones tiene, Gran Maestro?

—Muchos más, por supuesto. Honey Campbell le será devuelta a su debido tiempo, sana y salva. No nos interesa para lo que usted supone. Aquí, las blancas no tienen demasiado éxito, las reservamos para los parias… ¡Ahora, fuera de aquí!

¿Por qué diablos se sentía tan seguro de sí mismo? Se comportaba como si fuera él y no yo, quien tuviera la pistola. Al parecer le impresionaba tanto como un mosquito.

—Está bien, usted lo ha querido… —exclamé en plan farol, amartillando la pistola.

«Big Wave» soltó una estruendosa carcajada.

—¡Por favor, suelte de una vez ese ridículo revólver! ¿No ve que le quema en las manos?

Apenas hubo pronunciado la frase, sentí un latigazo de dolor en mi mano derecha. Me parecía estar sujetando un hierro incandescente. Bajé la vista y vi un hilo de humo, acompañado del inconfundible olor de la piel quemada.

Solté la pistola lanzando un sordo quejido.

—Un joven enamorado como usted, necesita una buena noche helada para apagar el fuego que le abrasa… —anunció, recostándose cómodamente en su sillón.

Incrédulo, asustado, vi que una cañería empezaba a surgir de la pared

como una monstruosa vena hinchándose en un brazo. El crujido dio paso a una sorda explosión y un chorro de agua a presión me abofeteó el rostro.

Trastabille a ciegas, caí y sentí algo sólido clavarse dolorosamente en mi espalda. Lo tomé en mis manos y, sin molestarme en averiguar lo que era, lo lancé contra «Big Wave».

Se trataba de una estatuilla de marfil puro, representando un buda sedente. Antes de llegar hasta él, la estatua dio media vuelta como si fuese un boomerang y voló hacia mí.

—¡Buda se venga de aquellos que maltratan su imagen! —Oí que exclamaba el chino entre carcajadas.

Paré la estatuilla con la boca de mi estómago y el dolor me produjo una arcada. Caí al suelo sin respiración.

¿Qué diablos estaba ocurriendo allí? ¿Qué fuerza humana o divina podía provocar aquella sucesión de acontecimientos irracionales…? Ya me había hecho antes una pregunta igual. Y la respuesta era la misma:

¡Telekinesia!

Sólo que, esta vez, yo no era un mero espectador. O liquidaba al Gran Maestro, o me convertiría en pulpa.

Hinqué una rodilla en el suelo, aún doblado por el dolor y, sacudiendo las brumas de mi cabeza, salté hacia él intentando cogerle por sorpresa.

No lo conseguí, claro.

Estiró su brazo con la mano abierta y me vi frenado en el aire, como si se hubiera levantado un muro invisible ante mí. Me derrumbé nuevamente luchando por no perder la conciencia.

—Su tiempo ha terminado —sentenció «Big Wave»—. No se preocupe si no puede levantarse. En esta vida, todo tiene solución…

Y, entonces, sentí como si mi cuerpo perdiera peso, como si alguien me hubiera arrancado huesos, vísceras y carne, dejándome únicamente con la parte de cerebro capaz de disparar todo mi terror.

Y levité.

A pesar de todos mis esfuerzos, físicos y mentales, volé por la

habitación como un astronauta, incapaz del más mínimo control.

—¡Adiós, amigo! ¡Ha sido un placer! —oí decir al chino.

Ni siquiera me dio tiempo a gritar, cuando descubrí que mi vuelo me llevaba directamente hacia la ventana. Estaba cerrada, pero ese detalle no contaba. La atravesé y salí despedido al vacío entre una lluvia de pequeños fragmentos de cristal.

El impulso telequinético del Gran Maestro cedió, pero la gravedad tomó el relevo en el momento más inoportuno. Trazando un arco perfecto, braceando desesperadamente, gritando con toda la fuerza de mis pulmones, choqué contra el tejado inclinado del segundo piso, deslizándome por, él incontroladamente.

Intenté sujetarme al borde, pero mis músculos estaban demasiado maltrechos para responder. Volví a caer unos, metros hasta estrellarme contra el tejado del primer piso y seguí rodando como una bola. Esta vez, cuando sobrepasase el borde, empezaría la última y definitiva caída hacia el suelo.

Claro que, no contaba con el aparcamiento donde se apiñaban los lujosos coches de los clientes. Mi cuerpo rasgó la capota de tela de uno de ellos, antes de rebotar duramente en los mullidos asientos posteriores e inmovilizarse por fin.

Boqueé alucinado antes de poder comprender lo que había pasado. No sabía si abandonarme, agotado, dolorido, sangrante, a la inmovilidad y reposo que reclamaba a gritos, o arrodillarme para dar gracias al curioso sistema arquitectónico chino y su manía de construir edificios, como si los distintos pisos fueran casitas colocadas unas encima de otras y cada una más pequeña que la que la sostenía.

No, por mucho que me apeteciera cerrar los ojos y descansar durante toda la eternidad, «Big Wave» no tardaría en enviar a sus matones en busca de los restos de aquel «novio» pesado, que había tenido la osadía de venir a fastidiarle en su dominio privado. Y el «novio» haría mucho mejor desapareciendo de allí, si no quería ser protagonista de otra función de circo con aquel malabarista mental. Estaba seguro que no resistiría otra paliza similar.

Mientras ponía en marcha el coche y me alejaba a toda velocidad de aquel monstruo, pensé que, después de todo, había tenido suerte dando la impresión de ser un aguerrido pretendiente, dispuesto a rescatar a mi «novia» de un prostíbulo oriental.

Todas las agencias de inteligencia del mundo luchan frenéticamente por conseguir una información, o un arma, que permita a su nación tomar ventaja sobre las demás. Mucho antes de que el LSD fuera adoptado por los *hippies*, la CIA lo utilizaba para sus propios y maquiavélicos fines. Ahora, todo daba a entender que disponía de un nuevo «juguete».

«Big Wave» tenía poderes sobrehumanos. Honey Campbell también. Y Sandy Grey había puesto en marcha algo más importante que un simple negocio de trata de blancas, algo que si se le escapaba de las manos, podía destruir el mundo.

¿Qué podía hacer yo para evitarlo?

CAPÍTULO V

Apenas había cerrado los ojos —o eso me pareció—, cuando Wanna Do me despertó agitándome como una coctelera.

—Muy bonito —exclamó sonriente—. Yo trabajo y tú duermes.

Renuncié a explicarle todo lo ocurrido con el Gran Maestro. Primero, porque no se lo creería. Y, segundo, porque ni yo mismo recordaba cómo había conseguido llegar hasta su cubil del «Follies», antes de derrumbarme en el camastro como un montón de trapos viejos. Y muy muy usados.

—¿Has averiguado algo? —pregunté, intentando hacer caso omiso de las agónicas protestas que lanzaba hasta la última fibra de mi ser.

—¡Oh, sí! ¡Yo sé todo lo que tú querías saber!

Y volvió a exhibir su satisfecha sonrisa.

—Entonces, ¿a qué esperas para contármelo?

—Tú acuerdas de tu apuesta. Tú pierdes, ¿okay?

Tuve que pagar religiosamente lo convenido, antes que soltase la lengua.

—Portaaviones «Entreprise» anclado a dos millas de Isla Maldita. Mucho movimiento allí…

—Un momento, un momento… ¿dónde has dicho que está ese maldito portaaviones?

—En Lap Chau, Isla Maldita. Durante Edad Media, una Sociedad Secreta establecida en Lap Chau. Ellos conspiran para derrocar a emperador. Pero emperador conoce planes suyos, ataca a ellos y mata a todos. Luego, mata isla.

—Muy original tu emperador. ¿Cómo diablos se puede matar una isla…?

—Mucho fácil. Emperador expulsa pescadores, envenena aguas y

cubre tierra de sal. Isla muerta para siempre más.

—Encantador —dije, parpadeando desconcertado ante las locuras del género humano—. ¿Está lejos esa Isla Maldita?

—En Nuevos Territorios, cerca de costa. Ella tiene puerto natural. Nunca nadie allí. Ahora, mucha gente allí. Si tú quieres ir a ella, yo hablado con primo que tiene él lancha rápida. Nosotros vamos mañana mismo.

—¡Ni hablar! —protesté—. Nada de mañana mismo… ¡«ahora» mismo! Así que, en marcha.

Lo intenté, pero si no hubiera sido por Wanna Do, no hubiera podido dar dos pasos sin medir el suelo con mis narices. Riéndose de lo débiles que llegamos a ser los occidentales, me ayudó a llegar hasta el taxi que nos condujo al puerto.

Wanna Do debía tener una familia muy curiosa, porque el primo de la lancha era un malayo, enorme y taciturno, que ni siquiera se molestó en preguntarnos qué se nos había perdido en Lap Chau. Tampoco frunció el ceño cuando el chico destapó el arsenal —facilitado por otro primo, naturalmente— que había traído consigo: una ametralladora, dos revólveres, cuatro automáticas y toda una panoplia de cuchillos, de infinitas formas y tamaños.

—Si yo tengo más tiempo, yo traigo cosas mejores —se disculpó con el aire desolado de quien ve su honor gravemente comprometido—. Primo mío trabaja en base inglesa, coge armas estropeadas de ellos y las repara él. Primo mío tenía cañón bazooka, muy bonito, pero él todavía no arregla…

El aire marino me despejó lo suficiente como para animarme a estudiar un plano de Lap Chau.

La Isla Maldita formaba una elipse de unas once millas de perímetro por tres de diámetro en su punto más ancho. La costa era abrupta, excepto por el este, donde se abría un amplio fondeadero natural en el que se había asentado un poblado de pescadores hasta la genial idea del emperador.

—¿Qué diablos pretenden hacer en una isla desolada, a la vista de todos los teleobjetivos que quieran lanzar sobre ellos?

—¡Oh! No necesario que vean a ellos —apuntó Wanna Do—. Sociedad Secreta muy lista. Tampoco quieren ser observados ellos y

construyeron templo y celdas suyas bajo suelo, excavando en roca. Nadie explorado todas galerías, mucho laberinto, muchos perdidos…

—Eso explica muchas cosas… —admití.

—«Entreprise» anclado frente a cala —explicó Wanna Do—. Nosotros llegamos por oeste, nosotros cruzamos isla, nosotros atacamos, nosotros ganamos, y…

Traté de frenar su entusiasmo.

—El único problema es que no sabemos a quién tenemos que atacar y por qué, aunque espero que no sea al «Entreprise». Necesitaríamos a todos tus primos para vencer a la dotación de combate de un portaaviones, suponiendo que pudiésemos acercarnos siquiera. Tienen una cosa llamada radar, ¿sabes…?

—No problema. Muchos pescadores aquí. Ellos ven muchos puntos en radar y ellos no preocupan.

Conseguimos encontrar una pequeña rada entre las rocas de la costa Occidental y saltamos a tierra tras convenir con el malayo que nos esperase hasta el amanecer. Eso nos daba unas tres horas de margen.

El terreno era extraordinariamente árido y ascendía durante una milla hasta la cima de Tchang La, la colina que marcaba el punto más elevado de la isla. Desde allí pudimos ver las luces del portaaviones en el horizonte. Más cerca, en la cala, había otro barco más pequeño, una especie de yate de recreo. Ya en tierra, abundaban las linternas y las señales de movimiento de gente.

Habíamos cubierto media milla más, cuando nos encontramos con un camino de tierra bastante ancho que, procedente del noroeste, llevaba hasta la bahía.

—¡Seguro que lleva a Templo de Sociedad Secreta! ¿Atacamos Templo? —sugirió Wanna Do, entusiasmado.

Consulté mi reloj: las tres y diez de la madrugada. Apenas contábamos con dos horas de oscuridad.

—Nos llevaría demasiado tiempo llegar hasta allí. Además, de momento no vamos a atacar a nadie… Sigamos hasta la rada.

En la playa, una docena de hombres con uniformes paramilitares y armados, corrían de un lado para otro entre un barullo de gritos y

órdenes: una lancha de desembarco estaba arribando.

—¿Entiendes lo que dicen? —susurré a Wanna Do.

—Yo sí, claro… ellos hablan dialecto chino y yo hablo dialecto chino. Yo entiendo muy fácil a…

—Enterado. Traduce. —Corté, exasperado.

—Ellos discuten porque camión de Templo ya debía estado aquí. Ellos dicen que americanos enfadan si camión no llega a tiempo…

—¿Para qué diablos quieren el camión?

—Pues… —Wanna Do permaneció unos instantes escuchando. Cuando me miró, vi el sobresalto en sus ojos—: Ellos dicen… ellos dicen que ellos no pueden dejar muertos en playa…

La lancha acababa de varar en la arena. Hubo un movimiento de linternas a su alrededor y los hombres uniformados empezaron a descargar roca. Nadie explorado todas galerías, mucho laberinto, muchos perdidos…

—Eso explica muchas cosas… —admití.

—«Entreprise» anclado frente a cala —explicó Wanna Do—. Nosotros llegamos por oeste, nosotros cruzamos isla, nosotros atacamos, nosotros ganamos, y…

Traté de frenar su entusiasmo.

—El único problema es que no sabemos a quién tenemos que atacar y por qué, aunque espero que no sea al «Entreprise». Necesitaríamos a todos tus primos para vencer a la dotación de combate de un portaaviones, suponiendo que pudiésemos acercarnos siquiera. Tienen una cosa llamada radar, ¿sabes…?

—No problema. Muchos pescadores aquí. Ellos ven muchos puntos en radar y ellos no preocupan.

Conseguimos encontrar una pequeña rada entre las rocas de la costa Occidental y saltamos a tierra tras convenir con el malayo que nos esperase hasta el amanecer. Eso nos daba unas tres horas de margen.

El terreno era extraordinariamente árido y ascendía durante una milla hasta la cima de Tchang La, la colina que marcaba el punto más elevado de la isla. Desde allí pudimos ver las luces del portaaviones en

el horizonte. Más cerca, en la cala, había otro barco más pequeño, una especie de yate de recreo. Ya en tierra, abundaban las linternas y las señales de movimiento de gente.

Habíamos cubierto media milla más, cuando nos encontramos con un camino de tierra bastante ancho que, procedente del noroeste, llevaba hasta la bahía.

—¡Seguro que lleva a Templo de Sociedad Secreta! ¿Atacamos Templo? —sugirió Wanna Do, entusiasmado.

Consulté mi reloj: las tres y diez de la madrugada. Apenas contábamos con dos horas de oscuridad.

—Nos llevaría demasiado tiempo llegar hasta allí. Además, de momento no vamos a atacar a nadie… Sigamos hasta la rada.

En la playa, una docena de hombres con uniformes paramilitares y armados, corrían de un lado para otro entre un barullo de gritos y órdenes: una lancha de desembarco estaba arribando.

—¿Entiendes lo que dicen? —susurré a Wanna Do.

—Yo sí, claro… ellos hablan dialecto chino y yo hablo dialecto chino. Yo entiendo muy fácil a…

—Enterado. Traduce. —Corté, exasperado.

—Ellos discuten porque camión de Templo ya debía estado aquí. Ellos dicen que americanos enfadan si camión no llega a tiempo…

—¿Para qué diablos quieren el camión?

—Pues… —Wanna Do permaneció unos instantes escuchando. Cuando me miró, vi el sobresalto en sus ojos—: Ellos dicen… ellos dicen que ellos no pueden dejar muertos en playa…

La lancha acababa de varar en la arena. Hubo un movimiento de linternas a su alrededor y los hombres uniformados empezaron a descargar camillas. En cada una de ellas, tapada a medias con una sábana, se adivinaba una silueta humana.

Sentí un escalofrío. Aquello estaba tomando un cariz francamente siniestro.

Tenía el presentimiento de que Honey se encontraba entre aquellos «muertos», pero, si lo estaba de verdad, todo habría sido en vano.

Tuve ganas de salir al descubierto y correr hacia las camillas, pero, por si la docena de hombres no era suficientemente amenazadora, de la lancha descendieron varias figuras que conocía muy bien: hombres vestidos de blanco como los que nos persiguieron en Nueva York.

Aquel punto era inatacable y menos por el escuálido ejército que formábamos Wanna Do y yo. Quizá con el camión tuviésemos más suerte. Y si no… Más valía no pensarlo.

—Tenemos que interceptar el camión como sea —le espeté a Wanna Do.

—¿Con ametralladora mía? —sugirió esperanzado.

—Será mejor hacerlo silenciosamente. Si en lugar de balas, utilizamos la cabeza, mucho mejor.

Con Wanna Do refunfuñando algo ininteligible, recorrimos media milla por el camino antes que el destello de los faros del camión, a lo lejos, precediera al rugido de su motor.

Por fortuna, la ruta era lo suficientemente mala como para que su velocidad no fuese excesiva. Nos apostamos en la oscuridad, a ambos lados del trazado, y esperamos que llegase a nuestra altura. Cuando cruzaba por delante de mí, emergí de las sombras y, apoyándome en el estribo, me icé a la altura de la cabina, pasando un brazo por la ventanilla para poder sujetarme. Sin miramientos, coloqué mi revólver en la sien del conductor.

Era blanco, aproximadamente de mi complexión, llevaba el mismo uniforme que los de la playa y una gorra de béisbol con visera. Bien, todo aquello ayudaría mucho.

—Control de carreteras, amigo. Creo que has pasado del límite de velocidad —dije sonriente.

El tipo no sabía qué hacer: si fijarse en la carretera, desviar su mirada hacia mí —lo que era un poco difícil debido a la pistola—, o descubrir a qué se debían los extraños ruidos procedentes de la parte opuesta de la cabina. Seguramente, Wanna Do debía estar pasándolas moradas para lograr izarse.

—Se… será una broma… —consiguió mascullar el conductor.

—Sí, una especie de novatada —confirmé—. Tienes que parar el camión y quitarte el uniforme para que veamos de qué color llevas los

calzoncillos. Si no llevan un tigre estampado, pierdes.

Frenó en seco, intentando hacerme perder el equilibrio sin conseguirlo. Wanna Do no debió tener tanta suerte, porque oí el ruido sordo de un cuerpo cayendo al suelo, seguido de un sinfín de maldiciones en chino.

Apreté el cañón de mi revólver todavía más contra su sien.

—Haz otra tontería como ésa, y no esperaré a que te bajes los pantalones, ¿entendido?

Asintió rápidamente con la cabeza.

Wanna Do abrió la puerta derecha de la cabina y entró hecho una furia, agitando violentamente su ametralladora.

—¡Tú déjamelo a mí! ¡Tú déjamelo a mí!

—¡Ya lo has oído! —sentencié—. Pórtate bien o tendrás que entendértelas con él… ¡Baja!

En ese momento, mi «terrorífico socio» lanzó una exclamación de júbilo:

—¡Mira tú lo que yo he encontrado! —Y blandió una botella de *brandy* de litro y medio—. ¿Te apetece a ti un trago?

Aquello me dio una idea. Señalé al conductor del camión.

—Me parece que le apetece más a él.

Le obligamos a quitarse el uniforme y me lo puse yo. Después, en ropa interior y a punta de metralleta, le convencimos de la conveniencia de beberse todo el contenido de la botella.

No necesitamos atarle. Quedó tirado entre unos escuálidos arbustos, a unos veinte metros del camino.

—Quédate aquí vigilando —ordené a Wanna Do—. Intentaré traerme esos «muertos». Te recogeré cuando vuelva.

—Imposible. Yo voy contigo, habrá tiros —profetizó lúgubremente.

—Si todo sale bien, no tiene por qué haberlos.

—Yo apostaría a que los habrá —insistió.

—¡Hecho, van diez dólares! —exclamé, alargando la mano.

—¡Okay! —Corroboró Wanna Do, palmeando la mía.

Al menos, la preocupación por la apuesta le quitaría las demás de la cabeza.

Al llegar a la playa, me calé la gorra de béisbol hasta las cejas. La lancha de desembarco ya había desaparecido y sobre la arena quedaban doce camillas con cuerpos humanos.

Varios de los orientales acudieron en tropel, gritándome indignados. Seguramente, me echaban en cara el retraso.

—¡Ya está bien, macacos! —grité, tratando de ponerme en el lugar de un agente de la CIA—. ¡A trabajar!

Y señalé con un vago gesto del brazo la parte posterior del camión.

Ante mi sorpresa, todo se desarrolló sin ningún contratiempo. Mientras los orientales cargaban las camillas en el camión, estrechamente vigilados por aquella especie de guerreros espaciales, intenté mantenerme al margen. Cualquiera de los recién llegados podía conocer al verdadero conductor del camión.

No obstante, cada vez que una camilla estaba a punto de ser cargada, estiraba el cuello para echarle un vistazo a su ocupante: en la primera, dormitaba un inmenso negro; en la segunda, un chico de unos veinte años; en la tercera, una mujer de edad madura con pinta de bruja; en la cuarta…

En la cuarta estaba Honey.

Mi corazón se aceleró y la adrenalina corrió por mis venas. Sentía una inmensa urgencia por subirme en la cabina del camión y desaparecer de aquel tenebroso escenario, oscuro y fantasmagórico.

Apenas el último «muerto» había desaparecido en el interior del transporte, me puse en marcha. Caminé rápidamente hacia el camión, sintiendo los ojos de los presentes en mi nuca. Cada paso me acercaba a la salvación, a menos que hubiera ignorado alguna formalidad imprescindible.

Sólo quedaban tres pasos, tres…

Nadie dijo nada.

Dos pasos…

Algunas linternas, innecesarias ya, se apagaron.

Uno…

Alargué el brazo y abrí la puerta de la cabina, cogiendo impulso para subir.

¡Lo había conseguido!

—¡Vaya, vaya…! ¡Pero si es nuestro «romántico incorregible»! —gritó alguien por detrás.

Conocía la voz. No necesité girarme para saber a quién pertenecía, pero lo hice.

Allí estaba. Con su impresionante figura, su mirada penetrante, su sonrisa maligna…

«Big Wave».

Y, a su lado, Sandy Grey.

Con un rápido movimiento, empuñé el revólver.

—¡Por favor, señor James! —se burló el Gran Maestro—. No lo haga, sabe que es inútil.

Intentando aparentar la confianza que no sentía, tiré el arma desdeñosamente a un lado.

Sí, era inútil. Todo había sido inútil.

Y los dos lo sabíamos.

CAPÍTULO VI

—Honey… —susurré—. Honey, ¿puedes oírme?

La chica se agitó en su litera y abrió los ojos, intentando enfocar la mirada en la semipenumbra de la celda.

—¡Indy, ¿eres tú?! —Su voz era pastosa y lenta. Entonces, reparó en el extraño ambiente que nos rodeaba y se enderezó alarmada, apoyando los codos sobre el jergón—. ¿Dónde estoy…? ¿Qué ha ocurrido?

—Es una larga historia. ¿Recuerdas algo después de que te capturasen en el metro?

Negó con la cabeza, aún ligeramente aturdida.

—Estamos en Lap Chau, una isla de Hong-Kong. Aunque quizá sería mejor decir que estamos dentro de Lap Chau —hice un gesto significativo, señalando nuestro entorno—. Cortesía de tu amigo Sandy Grey.

La celda era un simple agujero excavado en la roca. Por lo poco que había podido observar durante el trayecto, había un largo rosario de celdas similares a la nuestra, situadas a ambos lados de una galería iluminada cada diez metros con bombillas. Era imposible saber por cuántos kilómetros se extendían las galerías y cuál era el camino de salida de aquel laberinto.

Acto seguido, le hice un sucinto resumen de su llegada a Lap Chau y mi accidentado intento de rescate.

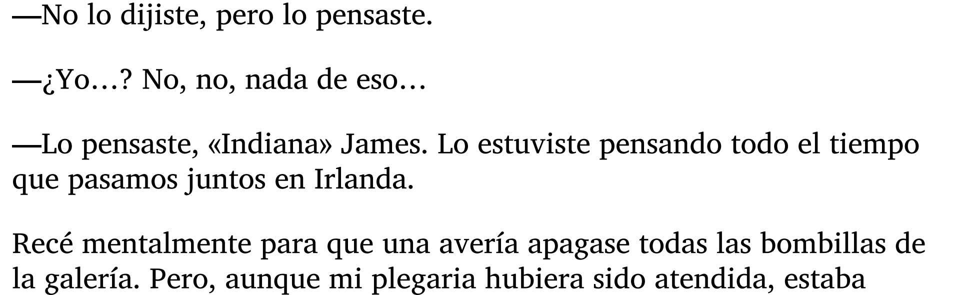
—¿Y has hecho todo eso por mí? —preguntó perpleja.

—Bueno…, me temo que no he hecho mucho, excepto meter constantemente la pata. De todas formas, acudiste a mí pidiendo ayuda… Tenía que intentarlo, ¿no?

—Así que te has jugado el pellejo por una chica vulgar y medio tonta como yo —dijo con el tono de quien lanza una pulla a un viejo amigo. Parecía vagamente divertida.

—Nunca dije que fueras vulgar y medio tonta… —Intenté defenderme,

sintiendo que pisaba terreno poco firme.



—No lo dijiste, pero lo pensaste.

—¿Yo…? No, no, nada de eso…

—Lo pensaste, «Indiana» James. Lo estuviste pensando todo el tiempo que pasamos juntos en Irlanda.

Recé mentalmente para que una avería apagase todas las bombillas de la galería. Pero, aunque mi plegaria hubiera sido atendida, estaba seguro que mi rubor era tan intenso que hubiera resplandecido en la oscuridad.

—Lo siento, Indy —se apresuró a decir Honey—. Te he metido en demasiados líos como para, encima, tomarte el pelo.

—Está bien, no importa —añadí mintiendo como un bellaco para tranquilizarla—. ¿También lees la mente?

—No exactamente. Las personas suelen sentir antipatía o simpatía instintivas hacia otras, sin saber muy bien por qué. Yo, sí. Puedo… «leer» o descifrar esas emociones.

—Y mover cuerpos y objetos… —añadí.

—Sólo en determinadas circunstancias. En situaciones límite, desesperadas, un ser humano puede realizar proezas increíbles: insensibilizar su cuerpo ante el dolor, o levantar el peso de un coche. Eso está demostrado científicamente. Yo puedo hacer algo similar, pero con la mente…

Debió leer la esperanza en mi rostro, porque prosiguió antes que yo pudiera interrumpirla.

—No, ahora no. Todavía estoy aturdida por las drogas. Lamentablemente, no hay ninguna que anule el Poder para siempre. Si existiera, haría mucho tiempo que la hubiera tomado. Mientras haya gente como Sandy Grey, el Poder será una maldición para todos aquellos que lo posean.

La última frase devolvió a mi mente la imagen de los «muertos» de la playa. Los muertos, los malditos, los cobayas que pretendían utilizar para algún misterioso fin.

Sentí un escalofrío.

—¿No tienes ni idea de lo que se proponen? —pregunté—. ¿No puedes usar tu Poder para averiguarlo?

—No es tan fácil. Es… —Buscó furiosamente las palabras—: Es como montar un potro salvaje. A veces, puedes obligarlo a que vaya en la dirección que quieres, pero a menudo se descontrola, o te tira, o, simplemente, se niega a moverse. Es algo emocional. Cuando estoy asustada, tensa, o a punto de estallar, me recorre el cuerpo como una bola de fuego, como una carga de explosivo plástico. Si tiene un detonador, estallará; si lo dejas en paz, no hace nada.

—La primera vez, debiste pegarte un susto de muerte…

—¡Oh, no! Me pareció estupendo. Tenía trece años y era como un juguete, algo que me hacía diferente de las demás chicas. Cometí la estupidez de exhibir mis facultades para darme importancia… Dos años después, Sandy Grey se presentó en casa para hablar con mis padres.

Intenté interrumpirla, pero me hizo un gesto con la mano y siguió narrando su historia:

—Les apabulló con sus carnets de la CIA, la Seguridad Nacional, el Bien de la Patria, el Futuro de América y cosas por el estilo… Y cometió el error de ofrecerles dinero para que me permitieran ir con él a Washington. Dio la impresión de que quería comprarme como si fuera ganado. Le pidieron unos días para pensarlo y esa misma noche nos mudamos de casa y estado. Cuando vi lo asustados que estaban mis padres, comprendí que todo aquello no era maravilloso como yo creía.

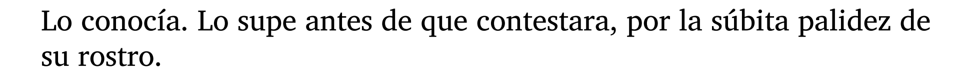
—Y desde entonces, te está persiguiendo…

—Él y todo su departamento. Tuve que poner en práctica un plan de emergencia…

—… consistente en no mostrar jamás el menor indicio de tu Poder —agregué—. En hacerte la tonta, en soltar preguntas y más preguntas como si fueras incapaz de adivinar lo más obvio…

Por primera vez en toda la conversación, Honey esbozó una sonrisa. Prefería correr un tupido velo sobre lo ocurrido cuando nos conocimos, así que cambié de tema:

—¿Conoces a un tal «Big Wave»?



Lo conocía. Lo supe antes de que contestara, por la súbita palidez de su rostro.

—¿Está metido en esto?

—¡Hasta el cuello! —exclamé. Y le conté el episodio del Séptimo Cielo.

—Que yo sepa, «Big Wave» es la única persona cuyo Poder supera al mío —explicó—. No puede «leer» a los demás, pero su fuerza telekinética es descomunal, desproporcionada. Y me odia porque cree que puedo competir con él…

Se estremeció visiblemente y las lágrimas asomaron a sus ojos. Buscó refugio en mis brazos, como si yo pudiera protegerla. No le confesé que el Gran Maestro me atemorizaba aún más que a ella.

Se produjo cierta agitación en el pasillo. Sonó un tintineo de llaves, chirrió una puerta y un rumor de pasos resonó en la galería. Segundos después, Sandy Grey y un hombre con bata blanca y maletín, escoltados por otros cuatro, armados, entraron en la celda.

—Has despertado antes de lo previsto —dijo el hombre de la CIA mirando a Honey, antes de volverse hacia su acompañante—. Doctor Bird…

Me interpuse entre Honey y el hombre de la bata blanca, en el momento en que éste sacaba una hipodérmica de su maletín.

—Ni hablar —grité—. La señorita ya está vacunada.

—No sea estúpido, «Indiana» —se burló Sandy Grey—. Ya nos ha complicado demasiado la vida —y se volvió hacia Honey—. Sólo falta usted, señorita Campbell, los demás ya están preparados…

—¡Pues ella no lo está! —insistí—. ¡Ni lo estará!

Dos de los hombres amartillaron sus fusiles sin dejar de apuntarme. No me moví. Una vez oí hablar de un tipo tan tonto que era incapaz de encontrarse el culo con las dos manos y una linterna. Supongo que consideré llegado el momento de batir su récord.

—Déjalo, Indy —dijo Honey. E intentó acercarse al doctor.

Me moví para bloquearle el paso, pero la culata de un fusil se estrelló contra mi estómago. No tenía que haberme doblado en dos y ofrecido

mi nuca a aquel sádico, pero un fallo de ese tipo lo puede tener cualquiera. El cañón del arma descendió velozmente en busca de mi cabeza.

Cuando pude levantarme del suelo, cuando el carrusel se detuvo y las luces de colores dejaron de bailar a mí alrededor, me había quedado solo en la celda con Sandy Grey. Y uno de sus guardaespaldas.

—Me temo, «Indiana» James… —dijo con un tono que revelaba lo muy muy cansado que estaba de mí—… que la única forma de conseguir que deje de ser un estorbo, es enviarle al otro barrio.

—Adelántese y ya me contará qué tal… —contesté.

El hombre de la CIA sonrió con una amabilidad tan falsa como el beso de una víbora.

—Veamos. Sabe que trabajo para la CIA y que la CIA vela por los intereses de los Estados Unidos de América. Usted es norteamericano, igual que yo…

—Los dos somos americanos, pero yo no soy un hijo de puta.

Se lo tomó mejor de lo que esperaba: ni me escupió, ni le ordenó a su gorila que siguiera divirtiéndose con mi cráneo.

—Usted no es más que un imbécil —escupió—. Pero le daré la oportunidad de cambiar de idea antes de morir. Acompáñeme a la Sala Zero. Dentro de unos minutos, presenciará un acontecimiento que ni siquiera es capaz de imaginar.

Le seguí. Era difícil no hacerlo con la ametralladora de su muchacho clavada en los riñones.

No sé si las instalaciones de la secta china eran un verdadero dédalo de galerías, o intentaban despistarme inútilmente, pero cuando cambiamos por quinta vez de dirección, ni siquiera hubiera podido volver a la celda, en caso de que me apeteciera. Algo realmente improbable.

El nuevo corredor estaba tan deficientemente iluminado como los demás, pero, al fondo, se vislumbraba una luz mucho más potente. Un minuto después, llegábamos hasta su fuente.

—Y bien, ¿qué le parece? —exclamó Grey, orgulloso.

Muy a mi pesar, dejé traslucir una expresión de asombro cuando entramos en la famosa Sala Zero. El lugar era más grande de lo que yo había imaginado: la enorme bóveda debía tener la altura y superficie de un pabellón deportivo. Y aquella inmensidad había sido excavada manualmente en la roca.

Pero no fue eso lo que más me impresionó.

Las oscuras bocas de una docena de galerías convergían en la sala a distintos niveles, comunicadas por un sistema de pasarelas y escalerillas metálicas. Abajo, frente a donde nos encontrábamos, había dispuesto tres hileras paralelas de consolas con pantallas de radar, osciloscopios, sismógrafos, y una enorme pantalla gigante sobre la que aparecían, sobreimpresionados, los números de una cuenta atrás.

Una veintena de hombres uniformados de blanco, con aire de científicos absorbidos en su tarea, trabajaba con las consolas en absoluto silencio. Si alguien tenía que hablar lo hacía en un susurro respetuoso, como si se hallase en una iglesia.

Pero tampoco fue eso lo que me dejó con la boca abierta.

Lo que realmente sobrepasó mi capacidad de sorpresa, fue EL coro.

En el centro de la sala, se hallaban unas ciento cincuenta personas formando un semicírculo. Seres humanos de todas las razas y edades, con una sola característica común: su inmovilidad. Parecían estatuas y sus miradas —ojos en blanco, pupilas empequeñecidas, escleróticas dilatadas— eran fijas, hipnóticas, como ensimismadas en la contemplación de algo ominoso y terrible, más allá de toda comprensión humana.

Y lo más terrible era que Honey Campbell parecía la voz solista de ese coro, ya que ocupaba el centro de la primera fila del semicírculo.

—Tranquilo, James —me sobresaltó la voz cargada de sorna de Sandy Grey—. A su amiga no le ocurre nada… digamos, especial. Al igual que los otros, está bajo el efecto pasajero de una droga, especialmente preparada para estimular su Poder y predisponer su entera colaboración.

Me miró de reojo y agregó, sarcástico:

—Si fuera un poco inteligente, no necesitaría mucho más para comprender lo que va a ocurrir.

Yo ya me había formado mi pequeña teoría.

—Supongamos… supongamos que los Poderes de toda esa gente, similares a los de Honey, pueden sumarse de alguna manera —dije con aprensión.

—Pueden —aprobó el agente de la CIA—. De momento, va bien.

—Lo que no sé, es cómo lo consiguen…

Como en respuesta a mi pregunta, surgió por una de las galerías la impresionante figura de «Big Wave», ataviado con una túnica negra.

—Él lo logra —aclaró Grey—. Es el médium, el que lo canaliza todo con su Fuerza, el que concentra y dirige el esfuerzo común como un director de orquesta.

—Ya… Y sigamos suponiendo que ese esfuerzo común va a ser dirigido, aquí y ahora, contra un blanco específico.

Uno de los científicos se acercó a Grey y le dijo algo al oído. Éste asintió tras consultar su reloj.

El gran momento se acercaba.

—Sí, señor, un blanco específico —exclamó Grey, reanudando nuestra conversación—. Por ejemplo, Cantón. Y, más concretamente, uno de los más importantes silos de misiles nucleares chinos —sonrió ampliamente—. ¿Qué ocurriría si un terremoto lo sepultase perpetuamente…? No nos pueden culpar por esa inesperada eventualidad, ese desgraciado fenómeno de la naturaleza, ese castigo del cielo, ¿verdad?

Me dieron ganas de partirle el alma a puñetazos. Estaba anunciando una orgía de destrucción y muerte, con el tono engolado de quien presenta su obra maestra.

—¡Está loco!

—¡Vamos, James! ¡No sea mojigato…! Si tenemos éxito, podremos seguir con los arsenales rusos, con los del Pacto de Varsovia, con las armas libias… ¿Tanto le preocupan unos cuantos cohetes chinos?

—¡Me importa un comino lo que le pase a esos misiles! —Maullé—. Pero ¿ha pensado cuanta gente puede morir en ese terremoto? ¿Y si estalla alguna de las cabezas nucleares…? ¡Puede ser el Apocalipsis!

—Detalles, detalles… ¿a quién le importan los detalles? —contestó impávido—. Está resultando más ingenuo de lo que creía. ¡Cuanto mayor sea el caos, mejor!

Sandy Grey se alejó hacia las consolas, dejándome entre dos guardaespaldas chinos. Pensé que la precaución era absurda. Aunque hubiera podido escapar, me habría perdido por el laberinto de galerías subterráneas.

A medida que habían ido pasando los minutos, el movimiento en la bóveda se había reducido. Los guardianes estaban inmóviles en sus puestos, los científicos concentrados ante sus pantallas, los telépatas rígidos con la atención centrada en «Big Wave». Un tenso ambiente de expectación flotaba en el ambiente.

Los números de la pantalla cambiaban con una precisión inexorable.

—… veintisiete… veintiséis… veinticinco…

«Big Wave» cayó al suelo de rodillas preso de una extraña agitación. Apretó los puños y alzó la cabeza al techo de la bóveda como invocando la ayuda de un dios tenebroso.

Ahora, el silencio era total.

—… catorce… trece… doce…

El cuerpo del Gran Maestro empezó a temblar, su boca se abrió y un sordo ronquido, más animal que humano, rasgó la calmada atmósfera.

Tras él, Sandy Grey se tensó ansioso, expectante.

—… seis… cinco… cuatro…

El ronquido de «Big Wave» subió de tono, como controlado por un oscilador electrónico, hasta convertirse en el rugido inhumano de una bestia desafiante, amenazadora, peligrosa. Como un eco, algunos integrantes del coro empezaron a responder.

—… tres… dos… uno…

El oriental se levantó de un salto, las piernas abiertas, los brazos extendidos, los puños crispados, formando una cruz con todo su cuerpo, temblando espasmódicamente de pies a cabeza, AULLANDO…

Y el aullido, aquel sonido monocorde y espantoso, surgió como un torrente de las gargantas de todos los miembros del coro. Vi como

Honey, completamente alucinada, sumergida en aquella locura colectiva, también levantaba al cielo sus brazos temblorosos…

—… ¡CERO!

El grito subió dos octavas de golpe, haciéndose insoportable agudo. «Big Wave» y el coro se habían convertido en una masa estremecida que pulsaba y vibraba al unísono, en un paroxismo enloquecedor que parecía haber llegado a su punto culminante…

… porque algunos habían sobrepasado su límite. Un par cayó de rodillas, tres o cuatro rodaron por el suelo, desmayados, agotados. Y Honey… Honey, lloraba.

A pesar de todo, la pantalla del sismógrafo no marcaba ningún registro anormal. Sandy Grey alzó los brazos, desasosegado, reprimiendo los deseos de increpar a «Big Wave».

Tal vez se habían excedido al calcular sus posibilidades. Tal vez, después de todo, su plan no resultaría.

—¡Maldita sea, ¿qué mierda es lo que pasa aquí?! —aulló el agente de la CIA, incapaz de contenerse por más tiempo.

Y, de repente, estalló el caos.

Uno de los integrantes del coro empezó a temblar inconteniblemente y se llevó las manos a las sienes, lanzando un grito de puro terror agónico, antes de que la cabeza le estallase como un globo demasiado hinchado, salpicando a los más cercanos de sangre y sesos. Las hemorragias empezaron a generalizarse: nariz, ojos, oídos, empezaron a destilar gotas, hilos de sangre que se acrecentaban a medida que pasaban los segundos. A un hindú se le hincharon las venas hasta reventar espectacularmente.

—¡No estamos consiguiendo nada…! ¡Nada! —gritaba Sandy Grey, agitando los brazos como si pretendiese emprender el vuelo—. ¡Ni la más leve vibración, ni el más mínimo indicio de terremoto…!

«No lo conseguirán, no podrán conseguirlo», repetía yo, esperanzado.

Pero, una fracción de segundo después, la tierra empezó a temblar.

Al mismo tiempo que oía el grito de júbilo, el «¡hurra!» de Grey y sus hombres, supe que ya nada podía contener la orgía de destrucción que acababa de comenzar. Si las vibraciones llegaban hasta nosotros, en el

continente chino la tierra debía estar cubriéndose de enormes cicatrices, hendidas por un puñal invisible, causando miles de víctimas indiscriminadamente.

Lo habían logrado, pero ¿a qué precio…? ¿Cuántos estarían muriendo en Cantón? ¿Cuántos sobrevivirían aquí, en el Templo de Lap Chau?

O, mejor aún, ¿sobreviviría alguno de nosotros?

CAPÍTULO VII

Todavía tardé unos segundos en comprender que las cosas no funcionaban tal como «Big Wave» y Sandy Grey habían previsto.

La vibración no era uniforme, ni «*in crescendo*»; más bien parecía un martilleo arrítmico. En teoría, las sacudidas de un terremoto se expandían de abajo-arriba y, fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo, tenía lugar en la superficie de la isla. Se abrían grietas en el techo de la bóveda y un fino polvo empezaba a llover sobre nuestras cabezas.

Sandy Grey maldecía, zarandeando a sus atónitos científicos que se miraban unos a otros sin comprender nada. Uno de ellos, señaló a «Big Wave» con dedo acusador: el oriental seguía retorciéndose y aullando en trance, junto a todos los miembros del coro que aún seguían en pie.

—¡Se le está escapando de las manos! ¡Está perdiendo el control! —chilló Grey—. ¡Detente, maldita sea! ¡DETENTE!

Corrió hacia él y le agarró por los hombros intentando que diera media vuelta. «Big Wave» apenas giró su cabeza taladrándole con la mirada. Un segundo después, el agente de la CIA voló por los aires, dando un salto de treinta metros.

De la confusión al pánico sólo hay un paso y cuantos se hallaban en la Sala Zero, lo estaban dando. Incluidos mis dos vigilantes. Apreté los puños y decidí que ya era hora de entrar en acción.

Lancé el codo hacia atrás y vi con satisfacción que el otro se doblaba, exhalando un gemido. Levanté la pierna y giré sobre mí mismo, golpeando la cabeza del segundo con mi talón.

Experimenté una perversa satisfacción al ver los dos cuerpos caídos a mis pies. Por una vez, no era yo el que recibía.

Pero no pude recrearme, la situación general empeoraba. Encima nuestro ya no caían arenisca y pequeñas piedras. Algunas alcanzaban el tamaño de una pelota de *rugby* y las grietas se ampliaban peligrosamente. De un momento a otro, todo el techo podía venirse abajo.

Corrí hacia el centro de la sala, salté por encima de algunos cuerpos caídos y me abalancé sobre Honey.

—¡Honey, despierta!

Ni caso. En su rostro se leía una extraña mezcla de terror y éxtasis. La abofeteé, intentando hacerla reaccionar. Como no lo hizo, me la cargué al hombro.

La mayoría de los guardianes habían tirado sus armas y corrían hacia las galerías superiores. Ellos conocían el laberinto, así que me conducirían a la salida.

En la confusión, destacó nítidamente el grito de Sandy Grey:

—¡Cogedle, maldita sea! ¡Va a escapar…! ¡Fuego a discreción!

Una ráfaga de ametralladora barrió la pared de la caverna, y dos guardianes, frente a mí, cayeron fulminados. La esquirla de una piedra me abrió una brecha en el pómulo.

Me zambullí en la boca de la galería mientras las balas segaban el aire, rebotando en las paredes de roca. La sucesión de pasillos se hacía interminable. Sólo fueron cinco o diez minutos, pero me pareció tardar siglos hasta ver luz, al final de uno de los túneles.

Salí a la superficie, a tiempo de ver cómo se abría un socavón en el suelo, apenas a unos metros, como producto de la explosión de un obús. Un camión se lanzó campo a través sobre mí con una velocidad escalofriante. Sin Honey a cuestas, quizá hubiera podido esquivarlo, pero con ella…

El camión se detuvo apenas a unos milímetros, con los frenos gimiendo histéricamente. La puerta de la cabina se abrió, dando paso a su conductor.

¡Era Wanna Do!

—¡Vamos, Indy! ¡Tú sube ya, junco espera!

No tuvo que repetirlo. Tiré a Honey al interior de la cabina como si fuera un fardo y subí de un salto. No había cerrado la puerta cuando el vehículo ya había dado media vuelta y se lanzaba en dirección contraria.

—¡Yo mucho listo! ¡Yo muchos tiros! —comentó alegremente Wanna

Do.

—¿¡Tiros!? ¿Hablas de esas explosiones…?

—¡Explosiones, tiros grandes, ¿no?! ¡Morteros de primo mío! ¡Muchos primos míos conmigo! ¡Todos ellos ayudan a Wanna Do para salvar a Indy! ¡Mucho divertido!

Lo comprendí todo en cuanto llegamos a la «línea de retaguardia». Una fila de siete orientales armados con morteros lanzaban un proyectil tras otro a una velocidad de vértigo. Al pasar junto a ellos, abandonaron el equipo y subieron a la caja del camión.

—¡Tú dices que nosotros necesitamos muchos primos para ganar! ¡Yo traigo muchos primos míos! —seguía repitiendo Wanna Do, disfrutando como un enano—. ¡Nosotros ganamos!

Ya no me acordaba de mis palabras. Era cierto, había dicho que necesitaríamos muchos hombres para vencer a…

—¡El portaaviones! —grité—. ¡Habrán visto las explosiones y…!

—¡Portaaviones de ellos no está! —aclaró Wanna Do—. ¡Él se va lejos a mar abierto!

Por lo visto, no se fiaban mucho del experimento de Sandy Grey. Mi «socio» estalló nuevamente en carcajadas.

—¡Nosotros junco de primo mío, nosotros vamos a Aberdeen y ellos chasqueados! ¡Si ellos persiguen, nosotros muchos tiros! ¡Ja, ja, ja!

Nos perseguirían. El fuego de morteros había cesado y no tardarían mucho en reorganizarse. Deseé fervientemente que el junco de su primo tuviera un motor potente. En cuanto hubiésemos embarcado.

En aquel momento, una bala hizo saltar el retrovisor lateral del camión.

Varios *jeeps*, cargados con los hombres de Grey, nos seguían a distancia, comiéndonos terreno velozmente. Su lluvia de balas era respondida por los primos de Wanna Do desde la parte trasera.

El vehículo saltó bruscamente y derrapó varios metros, antes que Wanna Do pudiera hacerse nuevamente con él.

—¡Neumático, «bum», roto! ¡Pero no malo, llanta buena y llanta no puede «bum»!

Nos lanzamos adelante levantando chispas sobre las rocas, hasta encallar en la arena, junto al junco.

—¡Nosotros todos abajo! —gritó Wanna Do.

Cargué con Honey y me uní a aquel caótico Dunkerque. Los primos de Wanna Do corrían y disparaban a la vez, sin tomar puntería siquiera; los *jeeps* frenaron a lo lejos, más asustados por el ruido de las detonaciones que por la peligrosidad real de las balas.

Unos segundos más tarde estábamos a bordo del junco. Mientras el malayo ponía en marcha el motor, los demás, parapetados tras unos bidones y pacas de algodón situados en popa, tratábamos de mantener a nuestros perseguidores a raya. Su número aumentaba segundo a segundo, a medida que llegaban nuevos *jeeps*.

Por fin, empezamos a avanzar a una lentitud exasperante.

—Tú tranquilo, Indy, nosotros tranquilos todos —repetía Wanna Do, una y otra vez—. Bultos y barriles nos protegen a nosotros, ellos no nos dan.

—Depende. Si los bidones están vacíos, pueden atravesarlos —observé.

—¡Imposible! ¡Barriles llenos de gasolina para motor!

A Wanna Do le debió parecer muy graciosa la cara que puse, porque se rió a mandíbula batiente, antes de reunirse con los demás para contárselo. Yo también me retiré de los bidones, aunque por diferentes motivos, claro.

Habíamos conseguido un respiro, pero eso era todo. Me costaba creer que los hombres de Grey no dispusieran de ningún medio de locomoción para abandonar la isla. Si, no me equivocaba, pronto volverían a estar tras nuestros talones.

Entretanto, decidí ocuparme de Honey.

Wanna Do me alargó una botella de *brandy*.

—¡Esto despierta chica linda! ¡Tú prueba!

No era cuestión de andarse con remilgos, así que abrí la botella e hice que el líquido corriese por su garganta. Al segundo trago, se atragantó, escupió, y abrió los ojos.

—¡Indy…! ¿Dónde…? —farfulló.

—No te preocupes, ya ha pasado todo… —dije, intentando tranquilizarla.

—Con suerte, más tiros todavía —comentó esperanzado Wanna Do—. ¿Tú apuestas a que…?

—¡Calla! —mascullé entre dientes.

Honey intentó incorporarse.

—Es la segunda vez que despierto y te encuentro a mi lado, Indy. Pareces mi ángel de la guarda, o algo así…

—Bueno, un ángel que está para el arrastre, pero…

Sonrió ligeramente antes de volver a cerrar los ojos y dormir apaciblemente. La dejé descansar, se lo merecía.

Wanna Do y sus primos intentaban sacarle todo el partido posible al motor del junco, mientras yo vigilaba ansiosamente en popa esperando ver, de un momento a otro, señales de nuestros perseguidores.

Ya habíamos avistado Hong-Kong, cuando me pareció distinguir unas extrañas formas saltando, prácticamente volando, sobre la superficie del mar. Y no eran peces.

—¡Ahí los tenemos! —murmuré a Wanna Do, que se había situado junto a mí.

—¡Tú no preocupar! ¡Nosotros llegamos a Aberdeen, nosotros perdemos en Aberdeen! ¡Mucho fácil!

—Eso espero… —susurré para mí.

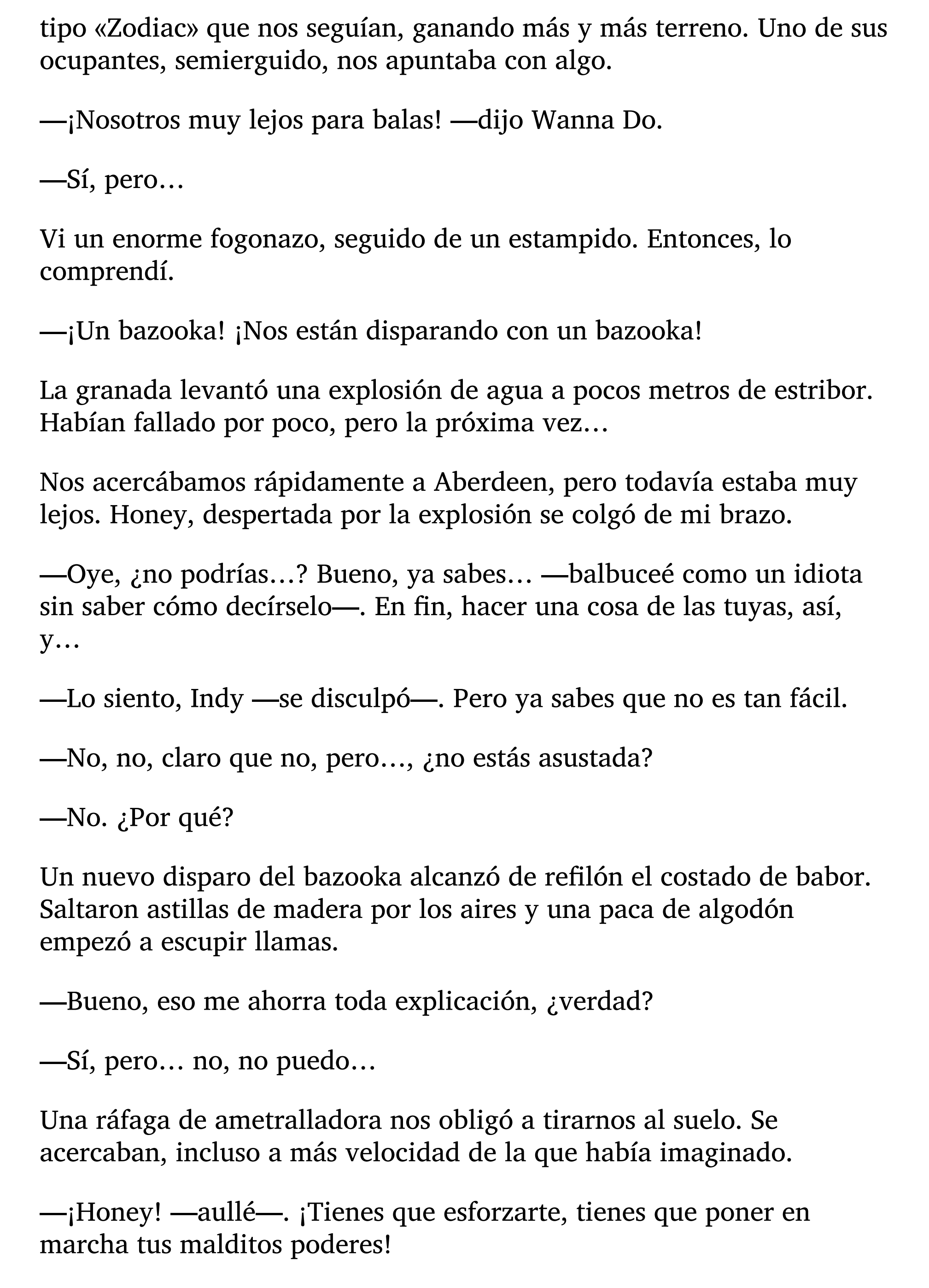
—¡¿Tú apuestas?! —dijimos ambos al mismo tiempo.

—¿Veinte dólares? —propuso el chino.

—¡Veinte dólares! —acepté.

Hice mal. Tenía que haber recordado que Wanna Do nunca gana una apuesta.

Varios minutos después, ya podía reconocer la forma de las lanchas



tipo «Zodiac» que nos seguían, ganando más y más terreno. Uno de sus ocupantes, semierguido, nos apuntaba con algo.

—¡Nosotros muy lejos para balas! —dijo Wanna Do.

—Sí, pero…

Vi un enorme fogonazo, seguido de un estampido. Entonces, lo comprendí.

—¡Un bazooka! ¡Nos están disparando con un bazooka!

La granada levantó una explosión de agua a pocos metros de estribor. Habían fallado por poco, pero la próxima vez…

Nos acercábamos rápidamente a Aberdeen, pero todavía estaba muy lejos. Honey, despertada por la explosión se colgó de mi brazo.

—Oye, ¿no podrías…? Bueno, ya sabes… —balbuceé como un idiota sin saber cómo decírselo—. En fin, hacer una cosa de las tuyas, así, y…

—Lo siento, Indy —se disculpó—. Pero ya sabes que no es tan fácil.

—No, no, claro que no, pero…, ¿no estás asustada?

—No. ¿Por qué?

Un nuevo disparo del bazooka alcanzó de refilón el costado de babor. Saltaron astillas de madera por los aires y una paca de algodón empezó a escupir llamas.

—Bueno, eso me ahorra toda explicación, ¿verdad?

—Sí, pero… no, no puedo…

Una ráfaga de ametralladora nos obligó a tirarnos al suelo. Se acercaban, incluso a más velocidad de la que había imaginado.

—¡Honey! —aullé—. ¡Tienes que esforzarte, tienes que poner en marcha tus malditos poderes!

—Lo siento, Indy… ¡de verdad! —contestó—. El problema… el problema es que no estoy en tensión, no estoy asustada.

—¿¿Quéééééé?? ¿Nos están friendo a tiros, nos bombardean, nos incendian el barco y tú no estás asustada?

Me miró con aire tímido y desvalido:

—Es que… Puede parecerte una tontería, pero me inspiras confianza. ¡Me siento segura a tu lado!

¡Era increíble, imposible, inconcebible!

Intenté devolver una ráfaga por encima de la borda y supe que teníamos un nuevo problema.

—¿Te ayudaría algo el decirte que nos estamos quedando sin balas? —grité a Honey.

¡No problema! —contestó Wanna Do—. ¡Yo tengo cargador! ¡Primos tienen cargadores! ¡Todos tenemos cargadores!

—¡Gracias! —Escupí, arrebatándoselo con rabia de la mano.

—¡Yo te recuerdo a ti que yo te debo veinte dólares! —agregó Wanna Do, resplandeciente—. ¡No Aberdeen! ¡Tiros, muchos y bonitos tiros!

Una explosión sacudió al junco de arriba abajo. Con un seco crujido, el palo mayor empezó a caer hacia un lado. Le habían dado de lleno. Estaban afinando la puntería.

—¡Honey, por Dios! ¡Haz algo! —supliqué.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa que rozaba la histeria.

—Es que no… ¡no puedo por más que lo intentó! ¡Sé que se te ocurrirá algo, que lograrás salvarnos a todos! ¡Ya verás!

Tuve que tragarme una retahíla de maldiciones haciendo un supremo esfuerzo.

Estábamos entrando en Aberdeen a toda velocidad, haciendo saltar nubes de espuma, provocando olas que amenazaban con volcar los lanchones-vivienda allí aparcados. Los hombres de Grey tendrían que moderar sus ímpetus si no querían tener tras ellos a toda la policía británica. Nosotros, no teníamos necesidad de hacerlo. Excepto uno de los primos de Wanna Do, los demás nos habíamos quedado sin balas.

—¿Ahora? —pregunté a Honey con una loca esperanza—. Aberdeen, tiros, gente inocente, heridos, muertos… Empiezas a asustarte, ¿verdad?

Negó con la cabeza, desolada.

Dos lanchas llegaron a nuestra altura. El primo de Wanna Do consiguió barrer a los ocupantes de la primera con su última ráfaga, pero la otra se situó paralela a nosotros por estribor. Y precisamente, en ésa, iba el portador del bazooka…

Y apuntando.

No perdí el tiempo preguntándole nada a Honey. No valía la pena. Sin pensarlo dos veces, salté por la borda y me lancé en perfecto plongeon sobre la lancha.

Caí de lado sobre el tipo del bazooka en el mismo instante en que disparaba. La granada se perdió en lo alto, en dirección a mar abierto, pero la llamarada trasera abrasó a uno de sus compañeros y fundió parte del fondo de la nave. Mientras empezaba a hundirse, los tres ocupantes que quedaban se lanzaron sobre mí.

Afortunadamente, Wanna Do me tiró un cabo desde el junco.

—¡Tú agarras! ¡Rápido!

Me aferré al cabo y me sentí arrastrado por el junco. Temiendo que me arrancase los brazos, describí un círculo en el aire girando sobre mí mismo, rocé el agua con los pies y, en el preciso momento en que iba a aterrizar sobre cubierta, sentí la mordedura de una bala en la cadera.

Caí rodando sobre la cubierta de nuestro junco.

Honey corrió a mi lado henchida de emoción.

—¿Lo Ves? ¿Ves lo que has hecho? ¡Por eso confiaba en ti, Indy! ¡Sabía que lo arreglarías! ¡Ahora, sólo quedan…!

Entonces, me di la vuelta con un quejido y vio la sangre en mi cadera. Su rostro se hacía cada vez más borroso para mí, pero pude darme cuenta de que se convertía en una máscara terrible.

—¡Indy! ¡Oh, Indy! —Oí cómo sollozaba—. ¡Lo habéis matado, malditos hijos de puta! ¡LO HABÉIS MATADO!

Al fin estaba en tensión.

Arrodillada a mi lado, con los puños apretados, los nudillos blancos, los labios lívidos y la mirada inyectada en sangre, parecía la reencarnación de Némesis, la diosa de la venganza.

Decidí que no estaría de más hacerme el muerto un ratito.

Las restantes «Zodiac» zumbaban a nuestro alrededor en un carrusel enloquecido. Nos tenían bajo fuego cruzado, pero la mayor envergadura de nuestra popa nos protegía. Tendrían que acercarse lo suficiente como para abordarnos y eso no les iba a resultar fácil.

Honey seguía arrodillada, sudando abundantemente, con todos los músculos del cuerpo crispados…

Y, de repente, pareció como si un inmenso monstruo agazapado bajo las tranquilas aguas del puerto, despertara para dar rienda suelta a su furia incontrolable: las aguas espumearon, se agitaron y formaron una inmensa ola que avanzó rugiendo hacia nosotros.

El junco se encabritó como sacudido por una mano gigante, pero las lanchas fueron barridas inexorablemente, haciendo saltar por los aires a sus ocupantes. Recé porque no resultasen afectados demasiados sampanes de los que solían anclar en el puerto.

Abrí los ojos e intenté esbozar una tímida sonrisa.

—Siento decepcionarte, pero todavía sigo vivo —confesé a Honey, mientras sus ojos se desorbitaban—. Sólo fue un rasguño…

—¡Asqueroso tramposo! ¡Maldito comediante de tres al cuarto! ¡Eres un… un…!

—Calma… cálmate… ¡no te enfades conmigo! ¡Recuerda que soy yo, Indy, el chico que todo lo soluciona!

Conseguí tranquilizarla, mientras Wanna Do y su tropel de parientes miraban alucinados, ora el mar de nuevo en calma, ora la chica.

Tras recorrer todos los horrores imaginables, al fin habíamos llegado al final de la pesadilla. Al fin había concluido todo. Tal vez ahora podríamos descansar.

Supe que me equivocaba en el mismo instante de llegar a tierra.

CAPÍTULO VIII

Wanna Do y sus primos habían desaparecido para intentar esconder el junco de la curiosidad de la policía, cuando me alertó el rugido de un motor forzado al máximo de su potencia.

Una nueva lancha se acercaba al muelle, zumbando como una avispa enloquecida entre los estrechos callejones formados por juncos y sampanes. Los pacíficos habitantes del poblado lacustre tendrían razones para recordar aquel día por el resto de sus vidas.

—Indy, es… ¡es él! —chilló Honey—. ¡Es «Big Wawe»!

En efecto. Sandy Grey conducía la lancha y el Gran Maestro estaba a su lado con una expresión petrificada de ira y rabia que parecía cincelada por la mano de un artista demente.

Agarré la mano de Honey y tiré de ella. ¡Vámonos de aquí!

La arrastré en una huida que sabía destinada al fracaso. Yo estaba herido y cansado; ella agotada física y, sobre todo, psíquicamente. Debíamos dar la impresión de un lisiado tirando de un tullido.

Sabía, sentía, que Grey y «Big Wave» estaban detrás nuestro, persiguiéndonos, acosándonos, dándonos caza, pero, extrañamente, nos dejaban seguir huyendo. ¿Por qué no nos detenía con una simple orden mental? ¿Por qué no levantaba una pared invisible en nuestro camino?

Cruzamos una avenida y nos internamos en un jardín público, descansando un segundo para tomar aliento. Sólo entonces me di cuenta de la extraña quietud que nos rodeaba, del silencio que reinaba en un lugar que debía estar repleto de las chillonas voces de niños.

La carcajada de «Big Wave» me sacó de dudas.

Estaba allí, frente a nosotros, escoltado por Sandy Grey. Nos había conducido donde quería, como las ovejas al matadero.

—¿Qué espera, señorita Campbell? —gritó—. ¡La estoy aguardando! ¡Los dos hemos sabido siempre que esto terminaría así!

—¡No, Honey! —rogué—. ¡Te destrozará!

—¡Tengo que intentarlo, Indy! —respondió con una infinita tristeza—. ¡Sólo yo puedo acabar con ese cerdo!

Ambos quedaron frente a frente, erguidos, desafiantes. Era el tipo de situación que había visto mil veces en las películas del Oeste. La única diferencia consistía en que ninguno llevaba pistolas. Sus armas eran invisibles y mucho más terroríficas.

Sandy Grey y yo nos separamos de ambos contendientes. Comprendimos que allí iba a producirse un combate en el que los simples mortales no teníamos otro papel que el de boquiabiertos espectadores.

«¡Suerte, Honey!», le deseé mentalmente con todas mis fuerzas.

El aire entre ellos pareció espesarse, agitarse, bullir como si tuviera vida propia. Estaban tanteando sus fuerzas con una determinación suicida en sus rostros: Matar o morir.

El primer golpe lo dio «Big Wave».

No se movió, ni siquiera pestañeó, pero el brazo izquierdo de Honey se dobló bruscamente en un ángulo imposible. El crujido de los huesos al partirse, resonó secamente.

Honey apretó las mandíbulas y sus ojos parecieron despedir llamas.

La tierra en torno al Gran Maestro se alzó como un volcán en erupción, ocultando por un instante la enorme mole del chino. Cuando volvió a aposentarse, «Big Wave» seguía intacto.

—Bien, bien, bien… —rió con la insolencia de quien sabe segura su victoria—. No ha estado mal para una principiante. Pero yo soy un maestro, señorita Campbell… ¡ahora vamos a combatir en serio!

Y LA TIERRA EMPEZÓ A RESQUEBRAJARSE.

Bajo nuestros pies empezaron a abrirse grietas, dibujando una telaraña de la que parecía imposible escapar. Yo trastabille y tuve que bracear desesperadamente para no caer.

Honey gritó aterrada y desapareció en la sima.

Me revolví en el suelo y extendí la mano a ciegas, temiendo que fuera tarde para evitar el desastre. Sentí el golpe de otra mano agarrándose

a la mía.

—¡Aguanta, Honey! ¡Por lo que más quieras, aguanta!

Empecé a tirar de ella, lanzando un rápido vistazo hacia «Big Wave». Sólo disponía de una breve tregua, quizá segundos, para sacarla de allí: el chino, momentáneamente agotado por el esfuerzo, había hincado una rodilla en tierra y parecía aturdido.

Me asomé al foso y me arrepentí inmediatamente. Al fondo, bullía un río de magma incandescente. Si no subía pronto a Honey, los vapores la sofocarían.

Intenté reunir todas mis fuerzas, pero sentí una punzada de dolor en un costado. Al parecer, no era el único que había elegido el momento para intervenir. Sandy Grey estaba a mi lado pegándome rabiosos puntapiés.

Aguanté el dolor como pude, solté una mano y lancé el brazo contra sus piernas, consiguiendo hacerle perder el equilibrio. Cuando lo recuperó, Honey había conseguido agarrarse al borde de la grieta. Entonces, con las manos libres, pude dedicarme a convertir en realidad el sueño dorado que llevaba algunos días acariciando: machacar a Sandy Grey.

Me convertí en un animal, en una bestia sanguinaria que lanzaba puñetazos furiosamente. Uno, dos, tres, cuatro… En la cara, en el estómago, en la cabeza, en el hígado…

El hombre de la CIA se derrumbó como un pelele y quedó quieto en el asfalto, jadeando, sangrante.

—Basta, por favor… basta… —imploró, hecho un guiñapo.

—Está bien —accedí. Y cometí el error de darle la espalda.

Se lanzó contra mí y chocamos. La violencia del impacto me tiró hacia delante, hacia una de las grietas pequeñas, y quedé atravesado sobre ella, intentando no perder asidero.

El no tuvo tanta suerte. Se agarró a mi ropa, pero ésta cedió, rasgándose. Le vi desaparecer hacia el fondo con un alarido que se fundió al mismo tiempo que su cuerpo entraba en contacto con el magma.

Sandy Grey nunca más sería un problema.

Pero «Big Wave» seguía siéndolo. Y mucho más importante.

Alcé la cabeza y le vi empezando a levitar entre risas demenciales, como si la tensión le hubiera hecho enloquecer definitivamente. Las grietas seguían abriéndose hasta donde alcanzaba la vista. Algunos edificios empezaban a temblar peligrosamente.

¡Honey! ¡Honey era la última esperanza!

Estaba de pie, al borde de la grieta, concentrada, vibrando de pies a cabeza, las venas marcando un mapa en toda su piel.

—¡Puedo vencerle, puedo hacerlo! —gritó, sin dirigirse a nadie en particular—. ¡SÉ que puedo hacerlo!

Y lo hizo.

Aprovechando el impulso ascendente de «Big Wave», Honey unió, por una sola vez, su Poder al del otro. El chino empezó a ganar altura, aumentando su velocidad a cada segundo.

Cuando quiso darse cuenta de lo que ocurría, era tarde. Bastaba con mirar su rostro para verlo. Intentaba descender, pero ya no era él quien controlaba su vuelo: era Honey.

—¡Sube, maldito hijo de puta! ¡Sube! —rugió ella con un grito desgarrado que parecía surgirle de lo más profundo de su ser.

Y, como impulsado por una invisible plataforma de lanzamiento espacial, el Gran Maestro salió disparado hacia los cielos. Su figura fue empequeñeciéndose hasta no ser más que un minúsculo punto en el firmamento.

Abrió un instante sus ojos, antes de desmayarse.

—¿Que no? Claro que lo consiguieron, Indy… ¡consiguieron algo que no puedes ni imaginar!

CAPÍTULO IX

—Me di cuenta cuando estábamos en la Sala Zero —explicó Honey varios días después, cuando le dieron de alta en el hospital—. Pero no podía hacer nada por evitarlo. «Big Wave» canalizaba toda la Fuerza sumada de nuestra unión… pero en una dirección que no era la prevista por ese cretino de Sandy Grey. Su punto focal no eran los silos nucleares chinos, sino los norteamericanos.

Me hubiera gustado que el agente de la CIA siguiera vivo, sólo para restregar el «Hong-Kong Times» por sus narices. Toda su primera plana estaba dedicada a la «extraña ola de terremotos»: Primero, el principio de lo que parecía un temblor de tierra destinado a alcanzar proporciones de consecuencias imprevisibles en el estado de Nebraska. Un temblor de tierra que se detuvo «misteriosamente». Segundo, otro pequeño terremoto en la ciudad, extrañamente circunscrito a los límites de un parque público.

Tercero, un inexplicable maremoto en Aberdeen.

Y cuarto, como contrapunto jocoso, la noticia de que algunos paseantes juraban haber visto una figura humana, elevándose como un cohete espacial. El idiota que la había redactado, preguntaba si el combustible espacial de los extraterrestres estaba tan caro, que prescindían de sus tradicionales platillos volantes.

—¿Por qué cambió «Big Wave» el objetivo? —pregunté a Honey.

—No lo sé, pero es fácil de imaginar: dinero, poder, megalomanía… ¡qué más da!

Si Honey no lo sabía, nadie podría saberlo nunca.

Estábamos cenando en un restaurante propiedad de… un primo de Wanna Do, por supuesto. Mi «socio» nos miraba alternativamente, a uno y otro. No entendía muy bien lo que estábamos hablando, pero se sentía feliz de que todo hubiera acabado bien.

—¿Tú te casas con ella? —me preguntó, interesado.

—¿Yooooo? Pues…, euh…, esto…

—Porque si tú no te casas con ella, yo me caso con ella. Muy lista, ella siempre gana al póker.

Aquella tarde se habían presentado los dos en el local donde localicé a Wanna Do tras mi llegada a Hong-Kong y el oriental de los 120 kilos aún se estaba preguntando cómo, a pesar de todas sus trampas, aquella chica de aspecto ingenuo «sabía» siempre si tenía buen juego, o se marcaba un farol…

—Por cierto —apuntó Honey—. Supongo que entre viajes y demás líos, esta broma te habrá costado bastante. Toma, es mi parte de lo que he ganado al póker con Wanna Do… —Y sacó un fajo de billetes.

—No, no… Ni hablar —protesté, poniendo cara de escandalizado.

Insistió. Y yo reiteré mi negativa.

—Por última vez, ¿lo aceptas o no?

Abrí la boca para decir que no y, de repente, sentí una sensación familiar… como si un maníaco me machacara el cráneo con su hacha.

—¡Eh, eso no vale! —protesté—. ¡Chantajes, no!

—No sé de qué me hablas… —aseguró, mintiendo descaradamente.

No tuve más remedio que aceptar el dinero.

Quizá como compensación, aquella noche repitió lo que había ocurrido años atrás en Innishgal: llamó a la puerta de mi habitación.

Al día siguiente, nos separamos.

—Cada vez que tenga dolor de cabeza, pensaré en ti —dije, ya en el aeropuerto.

Ella me miró con los ojos humedecidos y me echó su brazo sano al cuello. Me pareció una excelente idea. Así no podría ver los míos. Estaban a punto de convertirse en fuentes.

—Cuídate, Indy, cuídate mucho. Tal vez… volvamos a vernos… algún día.

Le había pedido que se quedase conmigo. Al menos, por un tiempo. Pero se negó. Dijo que tenía que seguir huyendo, que otros tomarían el relevo de Sandy Grey, que no quería ser una carga para nadie, que no me podía obligar a llevar su estilo de vida…

Pero ninguna de sus explicaciones me convenció. Tenía una sospecha: que se había ido por la pura y simple razón de que, un tipo como yo, por fuerza tenía que parecerle insoportablemente vulgar a una mujer tan extraordinaria como ella.

FIN

Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por N y A, para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

28 - Siglos bajo el agua.

29 - Judy con esquís en los diamantes.

31 - Paloma, caballo y rey.

32 - Lentas pasan las horas junto al río.

33 - Infinitas horas en Le Mans.

36 - Esto no es el cine, chico.

37 - ¡Viva Siva!

38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.

40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

1 - Hong Kong *rock*.

2 - El diente de perro.

3 - La maldición de los 1000 siglos.

4 - El panteón flotante.

5 - En busca de la prehistoria.

6 - El tesoro de Gardenfly.

7 - Ojo por diente.

8 - Locos de atacar.

9 - La amenaza invisible.

10 - El tren de carretera.

11 - Ayer, hoy y mañana.

12 - Razones de estado.

13 - Un autobús muy… espacial.

14 - El filo del aullido.

15 - Camelo-T.

16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.

17 - Recuerde el arma dormida.

18 - Cosecha negra.

19 - Los hijos del átomo.

20 - Desafío a las estrellas.

21 - El viejo de la montaña.

22 - Electra es una cruel amante.

23 - Judy con esquís en los diamantes.

24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!

25 - Vacaciones, malditas vacaciones.

26 - Doble… o sencillo.

27 - La herencia de Rickenbauer.

28 - Siglos bajo el agua.

29 - El despertar de la bestia.

30 —… Y los sueños, sueños son.

31 - Paloma, caballo y rey.

32 - Lentas pasan las horas junto al río.

33 - Infinitas horas en Le Mans.

34 - Aventurero o escritor.

35 - Kali no es Kali.

36 - Este no es el cine, chico.

37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.

38 - ¡Viva Siva!

39 - El engendro.

40 - Para acabar con una pesadilla.

41 - Duende sobre aguas turbulentas.

42 - Las flores del mal.

43 - ¡Peste de pasta!

44 - Aniquilador.

45 - Los intocables de Chicago.

46 - Invierno en el infierno.

47 - ¡Ranko!

48 - Cuestión de principios.

49 - Risa de difuntos.

50 - Las mil y una dachas.

51 - Contra los dioses del odio.

52 - El Tesoro del sol naciente.

53 - Colores de violencia.

54 - Brigada antivicio.

Información extraida de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/